Patricia OM

LA CRUZ DE ALABASTRO

Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
Epílogo
Books By This Author

LA CRUZ DE ALABASTRO

Galo Cienfuegos – 02

Patricia Om

Copyright © 2021 Patricia Om
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos, actuales o pasados, es pura coincidencia.

Portada: Rafael Ortega

Página web de la autora:
www.patriciaom.com.ar

1

Esmeralda Blas puso toda su dedicación en arreglar la mesa de forma elegante sin caer en melifluos romanticismos; aunque estaba ilusionada no se sentía muy segura de cómo saldrían las cosas.

Dispuso en primer término, dos velas, a corta distancia una de la otra, luego se arrepintió y las quitó, le pareció demasiado sugestivo. Probó entonces con un vaso alto y delgado en el que introdujo una rosa roja; tampoco le pareció apropiado. Finalmente se decantó por el fanal naranja que Lorena le había regalado a Julio cuando se mudó, le pareció lo más indicado; lo cambió algunas veces de lugar hasta que encontró la posición perfecta.

Observó su obra desde varios ángulos con una sonrisa de satisfacción, aunque los nervios la carcomían. Recordó que había dejado en el freezer, dos botellas de cerveza, tenía que sacarlas o se congelarían. Las bajó al gabinete con cierta desazón; de buena gana hubiera comprado champagne, pero no se atrevió; tal vez, al final de la noche, no habría nada que festejar. Esa posibilidad la llenaba de angustia.

El reloj de la cocina marcaba las diez menos cuarto. Julio estaría por llegar. Lo había llamado una hora antes y le había asegurado que ya salía, y que llevaría la cena. Adoraba cuando hacía eso. Adoraba a Julio, a pesar de todo.

Prefirió dejar a un lado las discusiones de los últimos días, lo amaba demasiado como para seguir enojada y estaba dispuesta a perdonarlo todo.

Julio le había propuesto matrimonio el año anterior en una cena increíble; se había sentido la mujer más feliz de la tierra, nunca, en toda su vida, había sido más dichosa.

Pero meses más tarde, todo se había desmoronado. Su madre perdió la vida en un absurdo accidente y la dejó devastada, inmersa en un pozo de tristeza del que le costó horrores salir. Julio y sus mejores amigas se convirtieron, entonces, en su gran apoyo. Enterarse después que, durante su luto, él le había sido infiel, fue demoledor.

Intentó comprenderlo. De verdad lo intentó; reconoció que se había encerrado demasiado en sí misma, que había estado muy ausente, inmersa en su dolor. Y, tal vez, él la necesitaba. ¡Con esa familia horrible que le había tocado en suerte! ¡Pobrecito!

Inspiró profundo. Compraría esa botella de champagne después de todo; si no arriesgaba no podía ganar, y quería, con todas sus fuerzas, arreglar las cosas. Tomó su bolso, abrió la puerta y salió; con suerte, el chino aún no habría cerrado.

Necesitaba sacarse esas penosas ideas de la cabeza, olvidar a Romina Castellanos, volver a soñar con su boda, planificarla, disfrutarla, invitar a sus amigas; ser feliz. Miró la avenida Santa Fe a su alrededor y sonrió.

Julio se había mostrado algo huraño en esos últimos días. Era lógico. Había estado tan furiosa que le había soltado muchas cosas hirientes. Hasta había estado a punto de devolverle sus regalos: los ositos de peluche, las muñecas, la almohada con forma de corazón, y todas esas tonterías que suelen regalar los enamorados. Pero en cuanto lo pensó mejor, desistió. Tiempo atrás se había deshecho de aquella cadena con cruz que le había regalado, la que habían sacado de casa del tío Telmo. Tuvo miedo de que se la pidiera y no sabía cómo explicarle que ya no la tenía. ¡Con todo lo que se la había recomendado! Que si Telmo la tenía colgada del respaldo de la cama era porque significaba mucho. ¿Y por qué no se la quedó él, entonces? ¡Era su tío, no el suyo!

Pero todo eso debía quedar atrás. Estaba dispuesta a comenzar de nuevo.

Ya con el champagne bajo el brazo, volvió al departamento.

Las cosas, entre ellos, habían mejorado bastante. Al menos se hablaban, aunque todavía los celos por «esa camarera de mierda» que lo buscaba todo el tiempo, la corroían por dentro. Necesitaba asegurarse de que Julio no volvería a ceder ante sus encantos; para lograrlo, ya se había ocupado de tender sus hilos: quería que la echaran del restaurante, que no volvieran a verse jamás.

Sintió un arrebato de furia al pensar otra vez en Romina, metió el champagne en el refrigerador y miró hacia todos lados con los puños apretados, los brazos tensos. ¿Habría estado en el departamento durante estos días de distanciamiento? Decidió averiguarlo sin saber bien cómo; buscó en el dormitorio, en la salita y en el balcón. Se detuvo con los brazos en jarra y suspiró. ¿Qué buscaba? No lo sabía. ¡Ah, el baño! Fue hasta allí y abrió el botiquín. Entonces lo vio. ¡Un frasco de esmalte! No era suyo. Sacudió el envase para observarlo mejor, había unas piedras en el fondo, esos removedores que colocan las marcas costosas para que el producto no se endurezca. ¿Romina compraba esos esmaltes? ¡No podía ser! ¿Esa rata con cara de mosquita muerta que se mordía las uñas? No, ella no usaría algo así. ¿Quién había dejado ese frasco? ¿Lorena? ¡Lorena, claro! ¿Quién más? Resopló, aliviada. ¡Tenía que ser de Lorena! La madre de Julio era adicta a los cosméticos. ¿Acaso no le había mostrado mil veces los maquillajes que se compraba, cada sombra, cada crema para esto o emulsión para lo otro? Que una máscara a prueba de agua, que un labial indeleble, que una base, que... ¡qué pesada era!

Prefirió no preguntarse por qué su futura suegra dejaría un

esmalte en el botiquín del departamento de su hijo y por qué éste sería incoloro, cuando siempre la veía con las uñas fucsias, o rojas, o bordó. En fin, cerró el botiquín con un leve encogimiento de hombros; de Lorena podía esperarse cualquier cosa.

El espejo le devolvió su propia imagen. Se vio bien. El cabello castaño le caía sobre los hombros en una línea perfecta y sus ojos verdosos se veían brillantes y límpidos. Era una muchacha alta, robusta, bien formada. Se alejó para contemplarse en el espejo grande. Vestía un delicioso solero color durazno que dejaba sus hombros al descubierto y unas sandalias chatas. Sonrió satisfecha. Volvió a dejar el frasquito en su sitio y regresó a la cocina; todo estaba limpio y ordenado. Luego fue al comedor, se acercó a la ventana, cruzó los brazos y sus ojos se perdieron en el paisaje.

A esa hora, Buenos Aires solía ser un hervidero de autos y de gente regresando de sus trabajos. Pero era domingo. Y era enero. La ciudad estaba desierta, la mayoría de sus habitantes estaban de vacaciones. Ella también.

«¡Podrías estar en Punta o en Valeria, con tus amigas! ¡Pero no, te quedás acá, detrás de ese pánfilo, con esa familia de enfermos!»

Movió la mano en el aire, apartando el recuerdo de la voz de su padre, que odiaba a los Mora. No porque los conociese demasiado sino por sus tragedias. Y porque los consideraba poco para ellos, los Blas.

Una sonrisa maliciosa se le dibujó en los labios. Su pobre padre no tenía idea de lo que sucedería cuando lograra, por fin, casarse con Julio.

Una llave se introdujo en la cerradura. Giró hacia la puerta con la ansiedad brotándole por los ojos y la sonrisa descubierta, franca. Enseguida frunció el ceño.

—¿Qué hacés vos, acá?

2

Galo Cienfuegos acababa de levantarse, andaba todavía en calzoncillos cuando sonó el teléfono. Había puesto la cafetera en el fuego y le hubiera encantado tomarse un café antes de recibir a su amiga, pero no le daba tiempo siquiera a darse una ducha. Conocía muy bien a Celeste Tornera; aunque vivía a solo siete cuadras de allí, seguramente se habría tomado un taxi y ya estaría a punto de tocar el timbre. Colgó el auricular y se vistió rápidamente. Suerte que su ropa estaba lo bastante ordenada como para encontrar enseguida lo que buscaba. Calzaba el cinturón en las presillas cuando sonó el llamador. Se acercó a la puerta y abrió. Una mujer alta y maciza, vestida con una especie de túnica de colores y zapatillas, entró como un vendaval.

—¡Perdón que venga tan a las apuradas! —exclamó—. ¡Es que lo que sucedió es terrible...! ¡Tenés que ayudarme!

—Claro, por supuesto —atinó a responder, invitándola a pasar a la cocina—. ¿Qué te pasó?

—¡A mí, nada, gracias a Dios! Pero.... ¡Ay! ¿Te acordás del cuadro que estoy pintando? —Galo apagó la cafetera, arrugando el ceño, algo desconcertado—. ¡Se los enseñé anoche! —protestó ella con cara de circunstancia.

Cienfuegos se mostró pensativo. La noche anterior, Celeste había celebrado su cumpleaños número cuarenta y había hecho una pequeña reunión en su casa. Él había asistido junto a otros dos amigos.

—Se lo habrás enseñado a Bernardo y a Manuel —aseguró, apurándose a servir dos jarritas—. A mí no.

Su amiga batió las manos en el aire.

—Bueno, no importa. El caso es que estoy con el *cuadro del cambio de año*... Eso sí, sabés lo qué es.

Sí, sí, lo sabía. Estaban en enero y Celeste ha tenido siempre por costumbre empezar a pintar un cuadro el último día del año y terminarlo durante el primer mes del siguiente; sostiene que, de esa forma, nunca le faltará trabajo.

Galo asintió. Y bebió, por fin, su primer sorbo de café.

—Bueno —prosiguió la artista, volcando una cucharadita de azúcar en su pocillo—, me llegaba la fecha y no sabía qué cornos pintar; entonces saqué a relucir mi inventiva: primero armé una fuente con frutas, pero no me convenció; después, hice un escenario con cosas antiguas, tampoco. ¡Y no iba a volver a pintar mi jardín! ¡Tengo como setenta cuadros de mi propio jardín! Tampoco me daban ganas de ir hasta un parque o algo por el estilo, ¡con este calor...! En fin,

revolviendo cosas me encontré con una cadena y una cruz que me había regalado, hace unos meses, Esmeralda Blas... ¿Sabés quién es..., era?

—No.

—La hija de Roberto Blas, el empresario.

—No tengo idea, pero no importa, continuá, por favor.

—Bueno, la conocí hace un tiempo, solíamos encontrarnos en reuniones, desfiles, muestras, esas cosas. Nos caíamos bien, conversábamos de esto y de lo otro, aunque nunca llegamos a convertirnos en grandes amigas. El caso es que, en una de estas reuniones, hablando de bueyes perdidos, terminó regalándome una cruz de alabastro con una cadena y un cristo de plata. Bueno, creo que es plata, no lo sé muy bien. Pertenecía a un tío del novio que se suicidó; el tío, no el novio —aclaró—. A ella le gustaba la joya, pero le daba miedo tener un objeto de alguien que se había quitado la vida... En sí, cadena y cruz, hacen un conjunto muy bonito, es una joya muy antigua. El caso es que armé un escenarito algo artístico, ¡y me encantó! Es lo que estoy pintando... Y, ¿a que no sabés qué?

—No, ¿qué?

—¡Que la encontraron muerta! ¡En la casa del novio! ¡Acá nomás, en Julián Álvarez!

—¿A la de la cruz?

—¡Sí, a Esmeralda! El lunes a la tarde. El mismo novio la encontró, ¿no es un horror?

—Sí, la verdad que sí. Pero, no entiendo en qué puedo ayudarte.

Era miércoles, si la muerte había ocurrido el lunes, pensaba Galo, la policía ya estaría sobre alguna pista. Ninguno de sus conocidos en la fuerza, por más respeto que le tuvieran —algo no muy común—, le permitiría inmiscuirse.

—¿Cómo que «en qué»? —explotó ella—. ¡Tenés que descubrir quién la mató! ¡Ah! —Levantó el índice—. Hay algo que no te dije. ¡Es que estoy tan impresionada! —gimió, con la mano en el pecho—. ¡A la chica la envenenaron con cianuro!

Cienfuegos quedó estupefacto. Sus redondos ojos oscuros se clavaron en los de su amiga. ¡Claro que la ayudaría! Una muerte por envenenamiento era algo muy inusual y a él siempre le han encantado las cosas inusuales.

—Contá conmigo —aseguró. Y puso su cerebro en marcha.

Comenzaría por llamar a Manuel Drago quien, como policía retirado, mantenía cierta deferencia en las fuerzas activas. Él, en cambio, era más bien resistido. A nadie le hacía gracia que un ex actor le hiciera el trabajo.

3

Una vez que Celeste se marchó, Galo tomó el teléfono rogando que Manuel aún se encontrara en la Capital; había venido exclusivamente para el cumpleaños y se alojaba, como cada vez, en casa de su único hermano, Álvaro Drago.

Encontró que, por fortuna, aún no se había marchado así que decidió invitarlo a almorzar.

Anotó —por enésima vez— la dirección de Álvaro en un papel y lo metió en el bolsillo de su pantalón. Se duchó rápidamente, eligió una camisa lavanda, pantalón de hilo al tono, y salió.

Conducir por las calles de Buenos Aires suele resultar una verdadera pesadilla, taxistas malhumorados, colectiveros iracundos, personas que no respetan las sendas peatonales, y otras contrariedades por el estilo. A excepción del mes de enero. Éste es, en comparación con el resto del año, un mes sumamente tranquilo, donde la mayor parte de la población se ha ido de vacaciones y muchos negocios han cerrado por la misma razón.

Cienfuegos, como tantos otros, disfrutaba de poder conducir sin prisas ni bocinazos, ni sirenas de ambulancias; se reclinó cómodamente en el asiento, encendió un cigarrillo y continuó su camino rumbo a... ¿Dónde había metido el papel con la dirección? Ah, sí, en el bolsillo... ¡Del otro pantalón! Resopló con rabia e intentó hacer memoria. Ya había cruzado Scalabrini Ortiz; no regresaría. Con gran frustración se dio cuenta de que tampoco llevaba consigo el teléfono móvil que les había regalado Celeste en la última navidad: un moderno Startac para cada uno, todos iguales, pero de diferente color: negros para Galo y Manuel, plateado para Bernardo, y dorado para ella. Dio un golpe nervioso sobre el volante e intentó concentrarse. «Avenida Entre Ríos y… ¿cuál? ¿Venezuela?, ¿México?, ¿Chile?» Había estado una vez en casa de Álvaro así que supuso que reconocería el lugar. Suerte que, en el mapa de la Capital Federal, los tres países se alinean paralela y consecutivamente. No le resultaría difícil encontrarlo.

Manuel, que seguramente no confiaba en que recordara la dirección, pese a haberla anotado más de una vez, lo esperó en la esquina de México y Entre Ríos. Galo sonrió al verlo; es maravilloso tener amigos que lo conozcan a uno tanto.

El ex policía se mostró tan entusiasmado como él al enterarse del caso que tenía entre manos. Se sentaron a almorzar en una reconocida pizzería del barrio de Monserrat, donde, según Manuel, se hacía la mejor pizza a la piedra que había comido en su vida.

—Pensaba regresar hoy mismo a San Jerónimo —comentó—, el comisario Spaciutto quiere que lo ayude con algo, pero puedo quedarme un día más, si querés. Eso sí, me voy a alquilar un cuarto en algún hotel porque mi hermano me banca dos, tres días nomás, ¡después ya quiere que me vaya! —Lanzó una de sus características risotadas, la gente del lugar se dio vuelta a mirarlos—. Como le dije que me iba hoy, invitó a una chica esta noche —susurró, divertido.

—¡Ni se te ocurra alquilarte nada! —amonestó Galo—, te venís a mi casa. De paso te tengo a mano. Si solo podés quedarte un día, ¡trabajaremos las veinticuatro horas!

Manuel mutó el gesto, poniéndose muy serio.

—Te aclaro que, si no duermo, no sirvo para nada —advirtió. Luego frunció el entrecejo—. ¿Adónde voy a dormir si me quedo en tu casa?

Cienfuegos levantó una ceja. Le pareció una pregunta bastante lógica, Manuel había estado varias veces en su departamento y sabía que, si bien era bastante amplio, solo contaba con una cama de dos plazas, en su dormitorio.

—El sillón de la sala es una cama doble —indicó—. Es muy cómodo. Mi mamá duerme ahí cuando me visita.

El otro asintió, llevándose a la boca el último trozo de pizza.

—De acuerdo. Igual será solo por una noche. ¿Dónde ocurrió el asesinato?

—A menos de tres cuadras de mi casa. En Santa Fe y Julián Álvarez.

Drago repasó sus bigotes con una servilleta.

—Si no me equivoco, esa sección pertenece a la comisaría veintiuno. Ahí conozco a Lobera y a... —Dibujó una sonrisa sardónica —. Rossini.

Cienfuegos gruñó por lo bajo. Lo que le faltaba. Inmiscuirse en el trabajo del inspector Rossini. Se habían conocido el año anterior, cuando, luego de haber resuelto un caso en una localidad cercana, había sido invitado por el comisario Bonifatti a compartir su experiencia en unas charlas de la academia. Se suponía que Rossini, por antigüedad, o por experiencia, sería la estrella de la jornada. Sin embargo, fue Galo quien acaparó los aplausos y los reconocimientos. Desde entonces, Rossini no quería ni escuchar hablar de Cienfuegos. Mucho menos, trabajar con él. «No es policía», decía, «es un improvisado que viene a dárselas de investigador; no tiene idea de lo que hace». Y cuando alguien le recordaba que había sido, justamente Cienfuegos, quien había resuelto el caso de Canalejas, sostenía: «tuvo suerte» o «en realidad, fue la inspectora Del Barco quien lo resolvió, él solo estaba allí, acompañando».

Galo no tenía ganas de competir ni de discutir con Rossini, pero

le divertía la competencia que se había establecido entre ellos. Quería resolver el caso y haría su mejor esfuerzo para no tener roces si es que tenía que tratar con él. De todos modos, intentaría evitarlo.

Terminaron de almorzar y fueron a casa de Álvaro a buscar el raído bolso que acompañaba a Manuel en todos sus periplos y en donde transportaba lo básico necesario para su subsistencia; nunca permanecía demasiado tiempo fuera de su casa: una antigua pensión en San Jerónimo, donde llevaba viviendo poco más de quince años.

* * *

Luego de enseñarle el plegado y desplegado del sofá, indicarle donde podía acomodar sus cosas, y entregarle un juego de llaves para que se manejara con libertad, Galo se retiró a su cuarto. Necesitaba pensar, comenzar a introducirse en ese crucial momento en que alguien había entrado al departamento de Julio Mora y dado el cianuro a Esmeralda Blas.

—Me voy a dar una vuelta por la comisaría —comunicó Manuel al salir del baño—, a ver si encuentro a Lobera.

—¿Te llevo? —preguntó Galo, asomándose por la puerta corrediza.

—¡Son cuatro cuadras! —protestó éste, con el rostro fruncido —. ¡Estoy seguro de que puedo caminar más que vos!

Tuvo que coincidir. ¡Claro que Manuel le llevaba ventaja! Por su condición de ex policía tenía un gran entrenamiento físico, que sostuvo, aunque en menor medida, durante su rehabilitación luego de que un balazo le hiciera trizas la rodilla izquierda, dejándole una pronunciada renguera. De todos modos, disfrutaba gastando energías en el gimnasio. Él, en cambio, odiaba el ejercicio físico. Y, además, fumaba.

—Está bien —se rindió—. Ojalá encuentres a Lobera y averigües mucho. Yo voy a estar acá. ¿Tenés el teléfono celular?

—Sí, pero no lo sé usar.

—Bueno, después te enseño.

Manuel había sido un excelente policía y se había convertido en un gran investigador, pero las nuevas tecnologías lo superaban.

* * *

El resto del día, lo ocupó en estudiar su propio Startac. Había tenido un teléfono móvil durante la filmación de su última película, en Los Ángeles; pero aquél distaba mucho del que tenía ahora entre las manos; era pequeño y ¡se doblaba en dos! Galo estaba maravillado con el aparatejo, algo que solía ocurrirle muy a menudo desde que se alejara de todos aquellos vicios que lo habían distanciado, en cierto

modo, de la realidad. Desde entonces, había comenzado a observar cosas a las que, antes, no les prestaba la más mínima atención. Así, le sucedió un día, que reparó hasta la emoción, en la belleza de un atardecer. Había pasado años sin guardar registro de ese maravilloso momento del día, ni de ningún otro. Andaba la mayor parte del tiempo borracho y la otra, durmiendo. Lo mismo le había sucedido con lo divertido; le había resultado increíble enterarse que uno podía divertirse mucho sin beber alcohol; antes, le habría sido absolutamente impensable. Ahora, hasta podía disentir con cualquiera sin llegar a las manos. Durante casi toda su carrera como actor había entrado y salido de los calabozos por disturbios y grescas. Más de una vez había terminado sangrando, con la cara contra el piso, después de una pelea, y sus custodios, al enterarse —porque también se especializaba en escabullirse de ellos—, se apuraban a llevárselo antes de que apareciera la policía. O los periodistas.

Barrió sus recuerdos con un largo suspiro y volvió al aparato. Una vez comprendido su funcionamiento, lo dejó enchufado para cargar la batería y fue hasta la pequeña biblioteca que tenía montada en un rincón de la sala, tomó una enciclopedia relativamente nueva, y buscó «cianuro». El compendio daba las especificaciones químicas del compuesto y hablaba de su presentación en forma líquida, gaseosa, polvos o sólida cristalina: sales. Pasó gran parte de la tarde estudiando una terminología científica que, a duras penas y diccionario mediante, logró comprender; finalmente, se quedó dormido entre anotaciones, folletos y libros.

4

Luego de cenar opíparamente en una reconocida cantina de La Boca, Drago y Cienfuegos regresaron al departamento del último y se instalaron en el balcón, con sus respectivos vasos de soda con hielo, a disfrutar del ligero descenso de temperatura que brindaba la noche.

—El padre de la chica es Roberto Blas, un conocido empresario —señaló el ex policía, estirándose en la silla—. Está convencido de la culpabilidad de Julio, el hecho, recordemos, sucedió en su casa. Esmeralda Blas era su novia desde hace dos años, tenía veinticinco y trabajaba en un banco. Era de las tuyas.

—¿Alcohólica recuperada?

Manuel sonrió.

—Actriz. En su tiempo libre asistía a talleres de teatro.

—Mirá vos. —Galo dejó el vaso en el piso.

—El domingo fue a casa de Julio, iban a casarse el veintiocho de noviembre próximo. Él trabaja en el restaurante de la familia: Fuerte Mora, situado en plaza Serrano. Estaba allí cuando recibió el llamado de su novia, a eso de las nueve de la noche. Decidió retirarse más o menos a las diez, lo cual enfureció a su padre, Asencio, porque el local estaba bastante lleno todavía. » Julio fue hasta su casa, cenó con Esmeralda, se acostaron y se durmieron. A la mañana siguiente, se levantó, se dio una ducha y se fue a trabajar. No era su turno, pero, en medio del enojo de la noche anterior, su padre le había pedido que abriera, al otro día. Esmeralda estaba dormida cuando salió. Julio asegura que estaba viva y en la cama. Cuando regresó, alrededor de las seis de la tarde, la encontró tirada en el comedor, muerta. Lo extraño es que la envenenaron con cianuro, algo poco común en estos días —finalizó Manuel, pensativo.

—¿Una mujer?

—Podría ser. Las estadísticas indican que los asesinatos por envenenamiento son más propios de las mujeres que de los hombres, aunque hoy día no se puede descartar a nadie. Habían tomado cerveza y champagne.

—La cerveza podría disimular bastante bien el sabor amargo del cianuro —reflexionó Cienfuegos. Encendió un cigarrillo y se puso de pie—. ¿Celebraban algo?

—Habían pasado malos momentos, Julio dijo que se estaban reconciliando.

—Y esos malos momentos fueron por...

—Celos, parece que le metió los cuernos a la pobre chica.

Galo se acodó en la barandilla.

—¿En qué piso está el departamento de Julio?

—Séptimo.

—Hubiera sido más fácil arrojarla por el balcón que conseguir cianuro y hacer que lo tome.

—No te creas —opinó Drago—. A juzgar por las fotografías, Esmeralda era una muchacha alta y robusta, Julio en cambio, es un chico muy delgado. Creo que le hubiera resultado bastante difícil tirarla por el balcón. Y arriesgado si ella se hubiera defendido. —Hizo una pausa—. Encontraron restos del veneno en uno de los vasos que utilizaron esa noche. El forense asegura que, de acuerdo a la cantidad hallada en el sistema de Esmeralda, tiene que haber demorado unos veinte minutos en morir; lo hizo a eso de la una y media de la tarde del lunes, por lo que el veneno debió haber sido administrado cerca de la una. Los Mora dicen que Julio estaba en el restaurante en ese horario, pero Matías, el encargado, declaró que salió al mediodía y que regresó después de las dos, bastante nervioso.

—Si el restaurante está en plaza Serrano, tuvo tiempo para llegar de un sitio a otro —meditó Cienfuegos—. ¿Tiene auto?

—Sí, pero no lo usa a diario. Va y viene del trabajo en colectivo. Usa la línea treinta y nueve, llega enseguida.

Galo dio una larga calada a su cigarrillo observando la calle, pensativo.

—¿Qué dijo Julio? —preguntó al cabo de unos minutos—. ¿Adónde anduvo en esas horas?

Drago levantó las cejas.

—Mirando vidrieras, dijo que necesita comprarse pantalones.

Ambos fruncieron el ceño.

—Eso es poco creíble —opinó Galo—. A no ser que anduviera buscando un regalo..., no me creo eso de andar mirando vidrieras. ¿Salió del trabajo para eso? ¿Y por qué andaba nervioso? El encargado del restaurante dijo que lo notó nervioso.

—Porque no encontró lo que buscaba. —Drago levantó ligeramente los hombros. Jugueteó con los cubitos de hielo que le quedaban en el vaso y luego agregó—: La chica con quien engañó a Esmeralda se llama Romina Castellanos, también trabaja en Fuerte Mora, su horario es de diecisiete hasta el cierre. Y fijate esto: vive a unas cinco cuadras del *restó*.

—Qué curioso —murmuró Galo.

—La policía baraja la posibilidad de que estuviesen confabulados —continuó Manuel—. Se mire por donde se mire, todo apunta a ellos. ¡Ah! El tipo que vive en el séptimo B, al lado de Julio; un tipo de unos setenta y pico que vivió toda su vida allí, dijo que a eso de la una y media del lunes, vio a un muchachito, no muy alto, rondando el edificio. Le llamó la atención porque llevaba un buzo con

capucha, y con este calor..., le resultó raro. El hombre dice que parecía indeciso. Miraba hacia adentro a cada momento, después se alejaba unos pasos y miraba para arriba.

—Eso también es curioso —señaló Cienfuegos. Guardó silencio por unos instantes, observando los pocos autos que pasaban por la calle—. Supongo que interrogaron a Romina Castellanos —añadió.

—Sí, tengo una copia del expediente donde está su declaración. Cortesía de tu amigo Rossini —Sonrió—. Parece que Julio se sintió un poco solo cuando la mamá de Esmeralda falleció en un accidente de auto, unos meses atrás. Ella quedó destruida como es lógico, y seguramente no tenía ganas de andar con arrumacos... Entonces, Julio se «consoló» en brazos de su compañera de trabajo.

—Bien. ¿Y qué opina Romina del hecho de que Esmeralda y Julio iban a casarse?

—No le gustaba la idea, por supuesto. Y no le gustaba Esmeralda.

—Interesante.

Luego de dar algunas vueltas más sobre el asunto, Manuel fue a acostarse y Galo se metió en su cuarto a investigar el expediente.

Romina Castellanos había declarado que el mediodía del lunes estuvo en su casa y que no se movió de allí. Nadie la visitó. Sus padres, dos personas bastante mayores, corroboraron sus dichos. «Pero son sus padres», pensó Cienfuegos. Y continuó leyendo: «A las cinco de la tarde se presentó en su trabajo. Sus compañeros la notaron algo distraída y muy seria, lo cual no les resultó extraño, ya que Julio —su gran amor, según muchos—, iba a casarse con otra. Por lo general, es una chica de un humor excelente».

Pasó a la hoja con los datos de la muchacha: nacida en Buenos Aires, el veintiocho de junio de 1976.

«Veinte años».

Corrió las hojas entre los dedos, no había mucho más. Su padre era... ¿farmacéutico? Eso sí, era todo un dato. Dejó la carpeta sobre la mesa de noche, se estiró como un gato y luego cruzó los tobillos, apoyando la cabeza contra la pared.

«Romina nació durante el proceso militar... Sus padres son bastante mayores... ¿Tendrá algo que ver? Difícil, pero no está de más averiguar lo que se pueda. Por otro lado, si el tipo es farmacéutico ella tenía todas las posibilidades, tanto de conseguir el veneno como de conocer su utilización».

«Pero, la policía ya debe saber todo esto», pensó. Tomó de nuevo la carpeta y miró las fotografías, Romina Castellanos era una linda chica, menudita y morena. «Podría, perfectamente, ser el chico que vio el vecino. Con buzo y capucha, pudo haberla confundido con un varón. Ahora, ¿qué hacía en el departamento de Julio a una hora

en que él no estaba? ¿O no lo sabía? ¿Fue hasta allá adrede, sabiendo que no estaría, para asesinar a Esmeralda? Si fue así, ¿Por qué estaba tan indecisa, abajo? ¿Esperaba a alguien? ¿Quería que todo el mundo la viera?»

Frunció los labios, entrelazando los dedos detrás de su cabeza. Y así permaneció. Mirando el techo.

5

Al día siguiente, Galo agradeció que Manuel, antes de abordar el micro que lo devolvería a San Jerónimo, le dejara el camino allanado en la comisaría. Muy a su pesar, el inspector Rossini se había visto obligado a autorizar su intervención en el caso. «No servirá de nada», le había dicho a Drago, «porque solo lo dejaré entrevistar a quienes ya haya visitado yo. Y eso ocurrirá, solo en caso de que esas personas acepten ser entrevistadas por él».

Decidió acudir a lo de Roberto Blas. La conversación no sería, por supuesto, una tarea fácil; al pobre hombre acababa de morírsele su única hija. —«Qué curioso, Julio es hijo único y Esmeralda también lo era»— pensó mientras escogía una camisa que ponerse. Hiciese el calor que hiciese, Cienfuegos usaba camisas; odiaba las remeras, excepto para hacer deportes, pero como no practicaba alguno, no tenía ninguna. Escogió un jean negro y zapatos al tono—. «¿Por qué confabularían Julio y Romina para matar a Esmeralda? ¿No bastaría con que él rompiera su compromiso con ella? ¿Por qué razón, si es verdad que no la amaba, querría casarse? ¿Por dinero? Su familia tiene dinero. Él lo heredará». —Finalizó con un ligero toque de loción, aunque no se había afeitado le gustaba su aroma—. «Tal vez no quería esperar hasta que se produjera el desenlace inevitable de la vida... pero entonces... ¿por qué matarla ahora? Si lo que quería era su dinero, debió haberse casado primero».

Se colocó el reloj y salió. Fue hasta la cochera, para sacar el auto. En realidad, no le atraía demasiado conducir en la ciudad, aunque el tránsito estuviese liviano. Pero mucho menos le gustaba la idea de subirse a un colectivo. O a un taxi.

—«Laprida y Pacheco de Melo» —recordó haber leído en el expediente—. «Qué curioso, todos viven por acá cerca». —Estiró la mano para tomar el paquete de cigarrillos, pero desistió porque, en ese momento, el semáforo cambió a verde—. «No, no todos» —continuó el hilo de sus pensamientos—. «Una tía de Julio, vive en Colegiales, y Telmo, el que se suicidó el año pasado, también vivía por allí».

Tenía una extraña fascinación con los suicidios y sus motivos. ¿Qué algo, tan poderoso, llevaba a una persona a cometer semejante acto? Recordó el impacto que sufriera de niño cuando alguien le contó que Francisco, el amigo de su padre, se había suicidado. Durante largo tiempo no dejó de imaginarse al hombre colgando de una cuerda en el comedor de su casa. Solo. Nadie le aclaró nunca por qué lo había hecho.

Los Blas vivían en un antiguo edificio situado en la esquina; la entrada estaba justo en la ochava. Eran cuatro pisos de ladrillos a la vista y ventanas blancas. Apretó el botón de llamada en el segundo y una voz femenina le preguntó quién era.

—Galo Cienfuegos—respondió—. Vengo de parte del Inspector Rossini. — Se sintió muy bien al presentarse de esa forma.

—*En seguida bajo a abrirle.*

Le hubiera encantado tener una placa. Sopesó si encendía un cigarrillo, o no; optó por lo segundo. Miró a su alrededor, le gustaba el suave aroma de los árboles en esa época del año, donde algunos jacarandás se despedían de sus últimas flores.

Se preguntó cuántas personas habrían tropezado con el hueco que se abría en la vereda, a pocos centímetros de sus pies. «Esta zona está llena de personas mayores, a más de uno se le habrá metido el bastón allí», pensó. «Alguien debería denunciarlo».

Una mujer rellenita, con delantal de cocina, lo condujo por el palier hasta el ascensor y luego lo hizo pasar a la sala de un amplio y luminoso semipiso. Se mostró agradablemente desconcertada al reconocerlo, pero se abstuvo de pronunciar palabra, lo cual hizo que, a Cienfuegos, le simpatizara aún más.

El señor Blas parecía veinte años más anciano que en las fotografías que había visto en el expediente. Era un hombre robusto, con vientre abultado y bolsas bajo los ojos.

—Espero que se ocupe realmente de meter en cana a ese hijo de puta —largó a modo de saludo mientras estrechaba su mano, enfatizando la palabra «realmente».

—¿De quién habla? —preguntó Cienfuegos.

Blas lanzó un gruñido.

—¡De Julio Mora! ¿De quién va a ser?

—¿Por qué está tan convencido de su culpabilidad? Era novio de su hija, iban a casarse.

—¡Porque fue el último que estuvo con ella! Mis abogados se van a encargar de ese desgraciado. ¡Voy a hacer que se pudra en la cárcel!

—Cálmese, por favor, siéntese y hablemos.

Roberto Blas lo miró con los ojos muy abiertos, como si no lo hubiera visto antes. Luego emitió un largo suspiro y señaló los sillones, dejándose caer en el primero de ellos.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Al margen de su dolor que, entiendo, es tremendo, ¿por qué piensa que Julio pudo haber querido asesinar a Esmeralda?

El hombre volvió a suspirar, se rascó la cabeza, meneándola; estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Qué se yo! ¡En esa familia están todos locos! El tío mató a la

sobrina, después se suicidó. El otro tío amenaza al padre, y... Y ¡lo amenazaba a él! No sé —gimió—, mi «Esme» era un poco... ¿Cómo decirlo?... Intensa. Era una chica apasionada, ¡se volvió loca cuando se enteró que el desgraciado ese le metía los cuernos! ¿A quién no le da rabia que le metan los cuernos, eh?

Se quedó con los ojos fijos en él, esperando una respuesta. Cienfuegos no respondió. En cambio, volvió a preguntar:

—El domingo ella fue a su casa, ¿verdad? Iban a reconciliarse, o ya lo habían hecho...

—Sí, estaba feliz, pobrecita... Tenía un buen empleo en el banco... A mí no me gustaba que trabaje ahí, que siempre tuviera alguien fiscalizando lo que hacía... Yo quería verla conmigo, al frente del negocio. Pero ella no. ¡Ella quería ser empleada bancaria! ¡La reputa madre que los parió! —Ocultó el rostro entre las palmas.

Cienfuegos permaneció en silencio. La empleada dejó, discretamente, una bandeja con una jarra de agua fresca y dos vasos; se ocupó de servirlos. Tras recomponerse, Blas tomó uno de los vasos y lo bebió hasta la mitad. Luego refregó sus ojos con los dedos.

—¡Le dije que podría haberse ido de vacaciones a la costa, con sus amigas... pero ella prefirió quedarse, para estar con el roñoso ese...!

—¿Nunca le gustó Julio, o es ahora que...?

—¡No me gusta esa familia! Son asesinos. ¡Todos ellos! Pero Esme lo quería... ¡Mi pobre hijita! ¡Lo último que hice con ella fue pelear!

No había forma de continuar con la entrevista, el hombre estaba destrozado; no le daba el corazón para seguir martirizándolo con sus preguntas. Se despidió como mejor pudo y se marchó.

De todos modos, cierta angustia se había instalado, también, en su interior. El dolor de Roberto Blas le había resultado difícil de resistir. Una pérdida inimaginable. ¿Qué sucedería con él, si perdiese definitivamente a alguno de sus hijos? Ya sus ausencias le resultaban insostenibles. Temió largarse a llorar delante del pobre hombre, sus ojos habían llegado a humedecerse, por eso prefirió marcharse.

Aprovechó el semáforo para encender un cigarrillo. Decidió apartar las nostalgias y aventurarse a visitar a los Mora.

6

El edificio era opulento. Aunque antiguo, conservaba la fachada en buen estado. La mayoría de los balcones estaban cubiertos de plantas y, en alguno, se podía escuchar el ladrido de un perro.

Una voz femenina, casi infantil, lo atendió por el portero eléctrico. Después de unos minutos, la vio acercarse a través de los cristales de la puerta, tiró el cigarrillo a la calzada y aligeró la garganta. Era una mujer llamativamente menuda. Tez cetrina, párpados ligeramente caídos y el cabello negro, atado en una cola detrás de la cabeza. Cienfuegos detestaba el flequillo en las mujeres. Y ésta lo tenía, y muy espeso.

La mujer esbozó apenas una sonrisa en cuanto abrió.

—¡Es realmente usted! —declaró.

Una parte de sí se sintió halagado porque lo reconociera. Otra parte lo detestaba. Había algo de su pasado que lo avergonzaba. Y al que culpaba.

—Sí, soy yo —consintió—. ¿Podría hablar con los señores Mora?

—Con la señora, sí. Asencio no está. Pase, lo está esperando. —La mujer se hizo a un lado para que entrara y cerró—. Pensamos que usted sería alguien que casualmente, se llamaba igual que el actor —explicó, sonriendo. Tenía los dientes muy grandes, blancos y parejos —. ¡No imaginamos que realmente sería usted! «Lore» no lo va a poder creer. —Abrió la puerta del ascensor y Galo, gentilmente, la cerró detrás. Ella apretó el tercero.

—¿Julio está? —indagó, pensando que sería interesante entrevistar también al muchacho.

—Sí. Encerrado en su cuarto... ¡pobre chico!

—Usted es...

—¡Ah! ¡Qué tonta, discúlpeme! Soy «Bebi», amiga de la familia.

—¿Conocía a Esmeralda Blas?

—¡Por supuesto! ¡Era la novia de «Juli»! ¿Cómo no la iba a conocer? —El ascensor se detuvo y ella abrió la puerta. A Galo le pareció que la mujer se había ofuscado con la pregunta.

Lo hizo pasar a la sala, típica de un departamento de aquellas dimensiones, amplia y con ventanal a la calle. Lorena Mora estaba de pie junto a la mesa. Era una mujer baja, delgada, de cortos cabellos rubios. Vestía jean y remera sin mangas. Algo en ella le resultó familiar.

—¿Cómo estás? —lo saludó, extendiendo la mano. Hablaba con un tono muy suave.

Galo apreció que lo tuteara.

—Encantado de conocerte. —No se quedaría atrás, pese a que se adivinaba menor que ella. Lorena rondaría los cincuenta años y se veía espléndida.

Se ubicaron en dos sillones con una mesita en medio. Bebi les sirvió vasos con jugo, luego se sentó junto a ellos, en una butaca.

—Antes de que digas nada —comenzó Lorena—, te aseguro que Julio no tiene nada que ver con la muerte de la pobre Esmeralda.

—Es un chico súper tranquilo —aseguró Bebi—. ¡Ni siquiera es capaz de matar una cucaracha! ¿O miento? —Miró a Lorena, con los ojos muy abiertos. Ésta negó con la cabeza, luego continuó hacia Galo, aleteando sus espesas pestañas.

—De verdad, Julio estaba en el restaurante, trabajando.

—Según los empleados, salió del local por unas dos horas —apuntó Cienfuegos—, al mediodía.

—Lo sé. —La voz de la señora Mora sonó apesadumbrada, sus dedos se entremezclaron entre sí, con nerviosismo—. Quería comprarse un pantalón, justamente, porque habían arreglado las cosas con Esme y se iban a juntar en su casa, a cenar...

—¿Estabas en el restaurante, ese día?

—No, yo voy poco por ahí. Mi marido es el que se encarga de todo. Yo ya hablé con la policía; les dije que había ido a hacer trámites, bancos, pagos; de esa parte del negocio me encargo yo —sonrió—. Dijeron que iban a corroborarlo, así que supongo que, en cualquier momento, me descartarán.

—¿Y usted? —preguntó, mirando a Bebi, que se mostró sorprendida.

—¿Yo? ¡Yo estaba acá, con Martha!

—Martha es mi mamá —explicó Lorena—, está postrada desde hace más de un año. Tiene Parkinson; además, se fracturó la cadera y no puede moverse. Bebi viene a ayudarnos en todo lo que puede. A veces da una mano en Fuerte Mora, o nos ayuda con la limpieza; es una santa.

La diminuta mujer sonrió. Galo devolvió el gesto y le preguntó:

—¿Vive en esta casa?

—No, pero paso la mayor parte del tiempo acá.

—¿Por qué hacés estas preguntas? —intervino Lorena, con monocorde suavidad—. ¿Qué tenemos que ver, Bebi o yo, en todo esto?

—Nada, solo cumplo con mi trabajo: corroborar dónde estaba cada persona involucrada.

—¡Pero eso ya lo hizo la policía!

—¡Están empeñados en culpar a Juli! —exclamó Bebi, con voz quebrada.

—Estamos empeñados en hallar al culpable —aclaró Cienfuegos.

La puerta se abrió, apareciendo por ella un muchacho alto, de cabello despeinado y ojos llorosos.

—Soy Julio —dijo—. ¡Déjelas en paz!

Lorena se puso de pie, de un salto.

—Juli, no podés hablar con nadie si no está Fernán. Andá a tu cuarto, por favor.

Pero el joven hizo caso omiso y se quedó allí, observando al recién llegado.

—Fernán es su abogado —explicó su madre.

—Yo no tuve nada que ver, lo juro —sollozó el muchacho, sentándose—. Cuando salí de Fuerte Mora, no fui a mi casa, ni a ver a Romina como piensa la policía, eso ya había terminado hace tiempo.

—¡Julio, callate! —ordenó Lorena, ofuscada.

—¡Quiero que descubran quién fue! —replicó el hijo—. Yo no fui, así que tranquila, mamá, no van a poder probarme nada, ¡ni siquiera estuve por aquella zona, a esa hora! —Y agregó, volviéndose a Galo—: Le juro que cuando me fui a trabajar, ella estaba lo más bien. No volví a casa hasta cerca de las seis, y fue entonces cuando la encontré... muerta.

—¿Y qué hiciste?

—Llamé a la policía, ¿qué más podía hacer? Me detuvieron, pero me soltaron a las pocas horas porque no encontraron nada que me incriminara.

—Bien. —Cienfuegos frunció los labios en actitud pensativa, y añadió—: Tengo entendido que estaban reconciliándose.

—Sí. Nos habíamos distanciado mucho por el tema de Romina; más lo de su mamá, y lo de su papá... pero ya estaba todo aclarado. Íbamos a casarnos a fin de año.

—¿Qué pasa con los padres de Esmeralda?

—La mamá murió el año pasado, en un accidente de auto, y el padre quedó como.... muy amargado. ¡Me odiaba! A Esme le costaba mucho convivir con él, últimamente.

Cienfuegos permaneció en silencio unos momentos, limitándose a observar los rostros de sus anfitriones. Lorena y Julio mostraban angustia. Bebi, curiosidad.

—Alguien me comentó algo acerca de unas muertes, ocurridas en tu familia —dijo, finalmente, volviendo su atención al joven—, ¿podés hablarme de eso?

El muchacho suspiró.

—Mi tío Telmo, hermano de mi papá, tuvo un accidente con el auto y, en él murió mi primita, Lucrecia, de siete años, ¿a eso se refiere?

—Sí. ¿Qué pasó con tu tío, después?

—¿A qué viene esto? —preguntó, indignada, Lorena—. ¡Es un tema doloroso, que todos tratamos de dejar atrás!

Entonces, Cienfuegos la reconoció. Era Lorena Cirelli, conductora de televisión de un canal de cable.

—Lo siento —se disculpó—, debo preguntar.

—Está bien, mamá —dijo Julio, levantando la mano—. Lo que pasó es que mi tío no pudo con la culpa y se suicidó unos meses después.

—¿Cómo fue el accidente?

—¡Ah, pero esto es el colmo!

—¡Mamá! ¿Podés dejarnos solos? Bebi, llevatela, por favor.

Lorena lo miró, incrédula.

—Vamos, Lore, dejalos que hablen. —Bebi la rodeó con su brazo.

—Sí, tal vez tengas razón —aceptó la conductora—. Está bien. Lo siento, Cienfuegos, estoy muy alterada, todo esto me da mucho temor... Tengo miedo de que diga algo inconveniente y terminen incriminándolo...

—Descuidá, lo comprendo.

—No sé qué pasó, la verdad —continuó Julio una vez que las dos mujeres se retiraron—. Parece que fallaron los frenos, lo cual es muy difícil porque la camioneta era nueva... Los peritos no pudieron determinar si el cable estaba cortado antes del accidente o se cortó durante el mismo.

—En cualquier caso, la culpa no fue de tu tío...

—Claro, pero murió sin saberlo. En el primer momento, quedó detenido porque hubo un testigo que declaró que no había frenado, que venía muy rápido… El conductor del otro coche también falleció. Después, mi papá puso un abogado que lo sacó enseguida; ya sabe, si no se puede probar que tuvo culpa, hay que soltarlo. Lucrecia era hija de mi tía Felisa, hermana de mi viejo y de Telmo; la única hija. Se había quedado a dormir, esa noche, en casa de Telmo; al otro día la llevaba al colegio; en el camino hay una rotonda, fue donde ocurrió el accidente. Parece que la bajó muy rápido y el otro coche lo embistió por el lado del acompañante. Felisa y el marido, obviamente, se querían comer vivo a Telmo y, cuando mi viejo colaboró para que saliera en libertad, lo amenazaron, a él, a mi vieja, a mí... Por eso mamá se tensa cuando se habla del tema. Nunca pudimos recuperar la relación con ellos.

—Bien. —Cienfuegos se puso de pie y comenzó a caminar por la sala, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, como hacía siempre que necesitaba ordenar la información recibida—. O sea que tu papá, Asencio Mora, tenía una hermana y un hermano: Felisa y

Telmo. Telmo se suicidó tras el accidente en donde murió la hija de Felisa, de siete años. ¿Entendí bien? —Julio asintió—. Y, nunca se pudo probar si el suceso fue un accidente o un sabotaje.

—Exacto.

—¿Cuándo sucedió todo esto?

—El accidente de Lucre, en marzo del año pasado. Telmo se mató en octubre, en un pueblo de Catamarca. —Galo se mostró asombrado—. Había ido a visitar a su hijo, Horacio —añadió Julio.

Se acercó a la ventana y recorrió con la vista el paisaje de Pacheco de Melo. Era una linda calle, poblada de árboles.

—Tengo entendido —dijo al cabo de unos segundos—, que la mamá de Esmeralda también falleció en un accidente de auto, el año pasado.

—Sí. Otro problema con los frenos, pero en este caso, se confirmó que había sido un descuido suyo con el líquido; parece que había una pérdida y ella no le hizo caso, a pesar de que Esmeralda se lo había advertido. Pensaron que era agua.

—¡Hay una buena diferencia entre una mancha de agua y una de líquido para frenos!

—Lo sé. Pero no le dieron mucha importancia en aquel momento.

—Fue entonces, tras la muerte de la señora Blas, que vos y Romina...

—Sí. Un error de mi parte, pero bueno... ya terminó. Esme lo había entendido.

—¿Y Romina? ¿Lo entendió?

—Sí —sonrió apenas—. Es una gran amiga. Siempre supo que no duraría, que era algo del momento y nada más.

Afuera, un pajarillo anunciaba que haría aún más calor. O, al menos, eso solía decir Geneviève, la madre de Galo.

—¿Sospechás de alguien? —preguntó, girando hacia el muchacho.

—La verdad es que no tengo idea quién podría querer hacer daño a Esmeralda. Era una buena piba, no se metía con nadie... Bueno, se había agarrado con Romina una vez, pero era lógico ¿no? — Su mirada semejaba la de un cachorro al que se ha sorprendido mordiendo una zapatilla.

—¿Cómo era la relación con sus compañeros de trabajo?

—Excelente. Es un lindo grupo. Siempre salían a tomar algo, juntos.

—Y en ese grupo, ¿no había alguien que le gustara a Esmeralda, o que gustara de ella?

—Que yo sepa, no... No, creo que me habría dado cuenta si tonteaba con alguien...

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—¿Tenés enemigos?

—No que yo sepa.

No había mucho más que se le ocurriera preguntar en ese momento.

—Gracias. Cualquier cosa, volveremos a hablar.

Bebi se ocupó de acompañarlo hasta la puerta de calle.

—¿Hace mucho que los conoce? —preguntó Cienfuegos en el ascensor.

—¿A ellos? Hará unos tres o cuatro años. Al primero que conocí fue a Telmo. Éramos compañeros en el hospital italiano. Mi relación con Asencio y Lorena vino después, cuando empecé a cuidar a Martha. Lo hago por necesidad, no porque me guste.

—¿Usted es enfermera?

—Sí, pero he ejercido siempre en hospitales privados, como jefa de piso.... Este tipo de trabajo, así, en domicilios, no me gusta para nada. —Sonrió mientras abría la puerta—. Pero ya pasé los cincuenta, todavía no me puedo jubilar y necesito el dinero...

—¿Telmo trabajaba en un hospital?

—Sí, era camillero. Después ganó un premio en una lotería y compró el restaurante. Y bueno, se dedicó a eso.

—Entiendo. Y se hicieron amigos.

—Sí —dijo la mujer con dulzura—, mientras trabajamos juntos nos hicimos muy buenos amigos. Nos confiábamos todo. Después de que se fue del hospital, nos seguimos llamando, íbamos al cine, al teatro... Era un gran hombre, la verdad, lo extraño muchísimo. Aunque supongo que está mejor donde está ahora.

—¿Por qué dice eso?

—¡Porque creo en Dios! —expresó, como si fuera algo obvio—. Sé que el Señor lo ha recogido en sus brazos. Su familia es... bueno, nunca lo ayudaron mucho, pobrecito. Telmo era medio débil de carácter, no sabía imponerse. Le pasaron por encima, pobre hombre.

Era interesante su visión de la familia Mora. Diferente. Decidió continuar.

—¿Conoció a Esmeralda Blas?

—Sí, y acá entre nosotros, no quiero decir que se merecía lo que le pasó, válgame Dios, pero no era buena persona... La verdad es que se hacía odiar, la pobrecita, ¡con esas ínfulas que tenía! Era muy altanera, quería casarse con Julio por capricho y el pobre, que es medio caído del catre... ¡Bueno...! ¿Sabe? ¡Ella decía que era actriz! —Hizo un gesto despectivo—. Usted sabe, señor Galo, que no por subirse a un escenario puede decirse que se sea actor, o actriz. Yo la fui a ver al teatro un par de veces, ¡ni le cuento, mire! Lo hacía por hobby,

claro está. Pero yo, que al igual que usted, he visto teatro de verdad... ¡Por favor! ¡Era un desastre, pobrecita! Siempre me pregunté si no tenía amigas que le dijeran «nena, te estás equivocando». ¿No le parece? ¡Los amigos están para eso! ¿O miento?

A Cienfuegos se le dibujó una sonrisa tonta y fugaz en los labios.

—¿Tiene una teoría, acerca de quién pudo haberla asesinado?

—Mmmm, sí. —Se mordió la uña del pulgar—. La chiquita esa, que andaba detrás de Julio, la camarera... Romina. Odiaba a Esme porque, encima de que Julio se iba a casar con ella, andaba calentándole la cabeza a Asencio para que la echara... Yo creo que fue ella. Además, no estuvo en su casa el lunes al mediodía como dijo.

—¿Cómo lo sabe?

La mujer levantó las palmas.

—Solo lo sé. Confíe en mí.

Cienfuegos apretó los labios y asintió.

—¿Tiene familia, Bebi?

Ella asintió, con un suave resoplido.

—La tengo, sí, aunque llevo tiempo distanciada de ellos. Soy una de las tantas infelices que han sido engañadas por su marido... —Sonrió—. La casa donde vivíamos era de mis suegros, así que, tras la separación, el infeliz me dejó en la calle. La casa donde había vivido mamá era alquilada, cuando murió, mis hermanos y yo la entregamos; nadie quería hacerse cargo de pagar el alquiler. Yo no podía porque había dejado el trabajo para atender a mamá. Rosy, mi hermana, tenía su propia casa, ¿para qué iba a alquilar otra? Y mi hijo vivía con la novia, en casa de ella... Y yo, bueno, yo estaba sola y no le importaba a nadie. ¡A mí que me parta un rayo! En la calle, quedé, ¿qué me cuenta?

—¿No podía ir a vivir con su hermana?

—¿Con esa arpía? ¡Ni muerta! ¡Es la persona más egoísta que el Señor puso sobre esta tierra, créame! Seguía lo más tranquila con su vida, mientras yo me deslomaba cuidando a mamá. Hasta el trabajo dejé, como le dije. ¿Y cuál fue el pago que recibí? Ni un «gracias», recibí. Simplemente, cada uno siguió con su vida como si nada. Mi hermana le llenó la cabeza en mi contra, a mi hijo, y ahora ni nos hablamos. Lo extraño tanto, ¿sabe? —sollozó.

—Cuénteme del día del accidente, donde perdió la vida la nena.

—Ay, señor Galo, ¡qué terrible fue eso! Cuando pienso que pude haber muerto yo también... ¡Porque yo iba a ir con ellos! Pero me levanté con tal dolor de cabeza... Habíamos ido a la plaza con la nena y estaba llena de chicos que gritaban... —Sonrió, con dos lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Supongo que sería por eso que me dolía la cabeza —agregó, levantando ligeramente los hombros

—. Felisa y Rodolfo iban a ir a buscarla temprano para llevarla al colegio, pero Lucre no quiso saber nada, quería que el tío Telmo y Bebi la llevaran... Aunque me dolió en el alma, preferí no ir, porque yo me conozco, cuando me duele la cabeza ¡me pongo tremenda! y, como no me gusta andar tomando medicamentos, ni una aspirina tenía. Así que me quedé. No sé, ¿vio?, como si presintiera algo... me dolió despedirme de la nena, me puso triste. Me quedé triste... Y cuando me enteré lo que había pasado... —Se tomó las mejillas con las manos— ¡Dios mío! ¡No sé cómo explicarle lo que sentí, señor Galo!

—Entiendo; lo… lo siento mucho... Gracias —Estrechó su mano y se alejó. ¿Por qué había titubeado? Había algo en esa mujer que lo conmovía. ¿Qué? No tenía idea. Subió al auto y se alejó, cambiando lentamente, el giro de sus pensamientos. «Si Julio no fue a ver a Romina, ¿dónde estuvo? Sostiene que mirando vidrieras, yo no le creo. Y ahora que lo conozco personalmente, menos; es el tipo de chico que, si necesita un pantalón, entra a un local, lo elige, lo prueba y lo compra. Punto. No sale a *mirar vidrieras*. Lorena está histérica, lo cual tiene lógica, acaban de matar a la novia de su hijo en un departamento donde él vivía y que está a nombre de ella. Trabaja en televisión, tiene una reputación que cuidar. Y un hijo al que no querrá ver tras las rejas. Y esta mujercita, Bebi... ¡Qué charleta es! Aunque me dio una visión de la familia... Más allá de si las cosas con su ex, su hijo, o su hermana, fueron como ella cuenta, hay enemistades, celos, pases de facturas... Tal vez, en la familia de Julio ocurra otro tanto; tal vez esas fatalidades no fueron tales... Es un asunto muy, pero muy curioso».

7

Hacia la noche se dispuso a cocinar, algo que rara vez hacía. Cuando no cenaba con Bernardo o Celeste, o con ambos, iba a un restaurante, o pedía la comida por teléfono. Pero en aquel momento necesitaba pensar, relajarse. Cocinar lo ayudaba; la mezcla de ingredientes, el aroma de las especias... De camino a casa, había comprado lo que necesitaba para un apetitoso festín. Se dio una ducha y se vistió cómodamente con un pantalón de hilo y una camisa beige. Luego de encender el equipo de audio comenzó a sonar una música suave, cortó la panceta en daditos y la tiró en una sartén. Entonces sonó el timbre. Miró la hora: las ocho y veinte. ¿Quién podía ser? Ojalá fueran Bernardo o Celeste. O ambos. Los invitaría a cenar. Aunque no podría pensar demasiado en el caso con ellos allí, tal vez lo ayudaran a ordenar los hechos. Bajó el fuego y atendió.

Era el inspector Pedro Rossini.

—Buenas noches —saludó con una mano metida en el bolsillo del saco y un maletín en la otra.

—Buenas noches. ¡Qué sorpresa! —Cienfuegos se hizo a un lado para que entrara—. «Parece un médico a punto de dar una mala noticia».

Rossini era un hombre desaliñado, barrigón, con el cabello salpicado de mechas blancas. En sus ojos celestes a veces parecía encenderse una chispa de alegría, o eso consideraba Galo, pero su gesto, en general, era de desagrado.

—Bueno Cienfuegos, vengo a darte la bienvenida a *mi* caso. —Le encantaba marcar territorio—. Muy a mi pesar, claro está; pero, ya se sabe, donde manda capitán... Bonifatti me informó que vas a participar, y te habrá comentado Drago que tenés mi autorización para hacer algunas entrevistas. Ya avisé a los involucrados. Por lo que, en un acto de camaradería, he venido a compartir impresiones. ¿Te parece?

—¡Estupendo! —Lo invitó a sentarse y luego subió, con agilidad, los escalones que separaban la sala de la cocina. Puso una olla al fuego—. Permitime invitarte a cenar. Sorrentinos de ricota a la *scarparo* ¿Te gusta?

El inspector abrió, con sorpresa, los ojos; seguramente el aroma lo había alertado de que su anfitrión estaba a punto de cenar, pero ni en sus peores pesadillas habría imaginado que lo invitaría. Parpadeó varias veces, luego asintió.

—¿Dónde está el baño? —preguntó a continuación—. Si voy a comer, necesito lavarme las manos.

—Allá. —Señaló la puerta con un movimiento de la cabeza.

Minutos después, Rossini regresó con sus rebeldes mechones peinados hacia atrás y las mangas de la camisa levantadas.

Supongo que no tenés vino —masculló.

Galo sonrió abiertamente. El inspector conocía perfectamente su condición de alcohólico recuperado.

—No, pero si querés ir a comprar, abajo hay un supermercado bastante completo. No me molesta que tomes delante mío.

El policía gruñó por lo bajo.

—No, está bien. Tomaremos... lo que sea.

—Terma con soda.

El inspector entornó los párpados con cierta resignación, Cienfuegos agregó el jamón y el verdeo, haciendo que el aroma se volviera exquisito, así que su semblante cambió; tenía hambre.

—Bien —comenzó, tabaleando los dedos sobre la mesa—. El veneno fue ingerido con cerveza. Las dos botellas halladas, y el vaso en el que había bebido Mora, estaban limpios del tóxico, no así el de Esmeralda. Creo que Julio introdujo el cianuro en el vaso y lo dejó allí para que la pobre chica lo tomara al despertar.

—¿Era alcohólica? —preguntó Cienfuegos, con un dejo de asombro.

—No tengo conocimiento. ¿Por qué?

—¡Porque solamente un alcohólico tomaría un vaso de cerveza al despertarse; uno se levanta y se toma un mate, un café con leche, ¡un té! ¡No un vaso de cerveza!

Rossini suspiró, levantando las cejas con aire condescendiente.

—A ver si pensamos como un detective y no como un actor, Cienfuegos —deslizó con sorna, golpeándose la sien con el índice—. La chica pudo haberse levantado con sed —sabés que el alcohol da sed, y ellos habían tomado bastante—, agarrar un vaso y servirse un poco de cerveza para cortar la resaca... Julio bien pudo haber dejado el vaso preparado para tal cosa. No sería la primera vez que bebían juntos, la conocería...

Cienfuegos enarcó las cejas. Constató el agua y echó la pasta, revolviendo con una paleta de madera.

—Pensando, más que como un actor o un detective, como una persona con *un poquito* de sentido común —dijo, con cierta rispidez—, nadie toma nada en un vaso sucio. Lo habría enjuagado primero.

Rossini carraspeó.

—Tal vez —reconoció—. Pero, y entonces, ¿qué pensás, que se suicidó?

—No. En esa alacena hay platos y vasos, y ahí, cubiertos, por favor. —Rossini lo miró con desconcierto—. Es evidente que alguien entró al departamento y le dio el veneno —continuó Cienfuegos—. No

olvidemos que se la encontró tirada en la sala, no en la cama; lo que indica que se levantó. —Rossini asintió mientras ponía, diligentemente, la mesa—. Julio declaró que la dejó durmiendo y que estaba desnuda. Sin embargo, al momento de su muerte, la chica llevaba puesta una remera. Alguien pudo haber llegado después que él se fue. Alguien a quien Esmeralda conocía, puesto que no se forzó la entrada.

—¡Julio Mora! ¿Quién otro? —gruñó el inspector, sentándose nuevamente—. ¿A quién más le abriría la puerta con solo una remera puesta, si no era al novio?

—A una amiga. O tal vez el asesino no tenía que esperar a que se le abriera... ¿Quién más tiene llave de ese departamento? —Agregó la crema, el tomate, y un toque de pimienta.

—Hay tres. Una de Julio, otra de Esmeralda y la tercera, de Lorena Mora, madre del chico. Ella es la dueña legal del lugar.

—¿Y las tres llaves están donde corresponden?

Rossini afirmó, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—No se encontraron otras huellas que no fueran las de la parejita... —Meneó la cabeza.

—No niego que pudo haber sido Julio —reconoció Cienfuegos, colando la pasta—, pero, ¿qué motivos tendría?

—¡Sacársela de encima! Todos coinciden, hasta el padre, en que era una pesada. Julio la había dejado el año pasado; después, con lo de la muerte de la madre, volvieron, y fue porque ella, prácticamente le rogó, pero él no estaba para nada convencido y siguió viendo a la Romina esa.

Galo se sorprendió ante tal declaración. No fue, ni por asomo, lo que le había dicho Julio. Volcó los sorrentinos en la cazuela de la salsa y la meneó unos instantes. Luego la tomó con un repasador y la llevó a la mesa.

—¡Pero iban a casarse!

—Sí, ¡porque la madre lo convenció! —Rossini colocó una servilleta en su cuello—. Fuerte Mora está atravesando un momento complicado. Tienen muchas deudas. El matrimonio con Esmeralda iba a ayudarlos mucho.

—¿Cómo? ¡El dinero es del padre, no de la chica! Dame tu plato. ¡El tipo detesta a los Mora!

—¡Bah! —masculló Rossini, alcanzándoselo—. ¡Una vez casados, ella podía pedirle a su papito que le «prestara» unos pesos, ¿creés que se lo negaría? ¿A su única hija?

—¿Cómo llegaste a esas conclusiones?

—Por las declaraciones de quienes los conocían, los compañeros de trabajo de Julio, y los de Esmeralda.

Se hizo un silencio durante algunos minutos.

—Matándola no lograría nada —murmuró Cienfuegos.

—Un momento de locura lo tiene cualquiera —insistió el inspector, llevando el tenedor a la boca.

—¿Y qué hay de ese chico que el señor del B dijo ver en la entrada?

—¡Bah! Eso pudo haber sido cualquier cosa, un chico que venía a buscar a un amigo, o a una novia... Yo qué sé.

—¿Lo averiguaron? —preguntó, imprimiendo cierta inocencia en el tono—. ¿Preguntaron a los vecinos si alguno recibió visitas esa tarde, o si alguien fue a buscar a alguien?

Rossini inspiró profundo y lo miró con rabia.

—No. Pero lo haremos —masculló—. Ah, y antes de que preguntes, no hay cámaras por la zona, te voy a dejar copias de las fotos que se tomaron en el departamento de Mora. ¡Esto está riquísimo!

Cienfuegos sonrió fugazmente.

—Me alegro que te guste —respondió—. ¿Romina Castellanos es adoptada?

El inspector estiró los labios.

—No lo sé. Porque los padres son bastante mayores, ¿no? Llegué a pensar que tal vez sea nieta de ellos, no hija.

—Es posible... Me llamó la atención eso, sumado a que la chica nació en el setenta y seis[1]...

—Pero el tipo nunca fue militar, según creo... Lo voy a investigar.

—Gracias.

—A ella también podés ir a verla, si querés. Ah, y hablando de otra cosa, el hijo de Telmo, Horacio, y su madre, se alojan en el Castelar, sobre Avenida de Mayo, por si querés ir. Yo ya hablé con ellos, no me dijeron nada nuevo.

—Voy a ir, claro que sí.

Finalmente, Rossini se retiró a eso de las diez de la noche.

Al quedar solo, Cienfuegos sonrió, satisfecho. «Quién hubiera dicho que, este tipo y yo, terminaríamos compartiendo una cena, ¡y en mi casa!»

Mientras lavaba el servicio, recordó las fotografías de la escena que le había dejado. Terminó rápidamente y fue a estudiarlas.

«Nada del otro mundo, ropa del chico, algunas prendas de ella... Si el asesino llevó un pote con cianuro no lo habrá dejado allí, seguro. Tendré que examinarlas mejor», pensó. Tomó entonces, del cajón de su mesa de noche, una lupa y revisó al detalle, cada una de las imágenes.

8

Al día siguiente, antes del mediodía, fue a ver a Felisa Mora y a Rodolfo Vedia, padres de la niña fallecida en el accidente que implicó a Telmo. El matrimonio lo esperaba en su coqueta casa de dos plantas, sobre la calle Conde.

Lo recibió la misma Felisa, una mujer delgada, de estatura media, no muy bonita, pero pulcramente arreglada. Lo invitó a sentarse en los sillones de la sala. Segundos después, apareció su marido, de camisa y corbata, zapatos lustrados, pantalón de hilo, y perfectamente peinado. Era un hombre robusto y fuerte.

—Ya le dijimos a la policía lo poco que podemos decir con respecto a la muerte de Esmeralda —aclaró, de pie, como esperando a que Cienfuegos se marchase lo antes posible.

—Lo sé —repuso éste—, de todos modos, me gustaría hablar con ustedes un poco, si no les molesta.

—No, por supuesto que no —intervino Felisa, mirando a su esposo. Había cierta advertencia en sus ojos—. Haremos todo para ayudar a mi sobrino.

—¡Claro! —espetó Rodolfo, batiendo los brazos—. ¡En agradecimiento a todo lo que ellos colaboraron para el esclarecimiento de la muerte de mi hija!

—¡Rodolfo, por favor! —gritó Felisa. Luego se dirigió al recién llegado, levemente sonrojada—: Disculpe. —Vedia se rascó la cabeza con nerviosismo y optó por retirarse, ofuscado—. Discúlpelo, por favor… —agregó ella—. Todo esto lo ha puesto... *Nos* ha puesto muy sensibles. ¿Desea un refresco?

Desistió. Y no logró desprenderse de la angustiosa incomodidad que le causaba remover en ellos, una herida que difícilmente cerraría alguna vez.

—Es muy amable —expresó—. Y es muy comprensible que se sientan de esta manera. Haré lo más rápido posible. Tengo entendido que ha habido ciertos roces con su hermano, Asencio.

—Sí. —La mujer desvió la mirada al piso—. Fue inevitable, ¿sabe? La negligencia de Telmo mató a mi hijita y Asencio, en lugar de permitir que pagara por ello, le puso un abogado... Fue muy triste todo, muy doloroso.

—¿Por qué considera que Telmo fue negligente?

Felisa fijó en él sus pequeños ojos, muy abiertos.

—¡Porque metió a Lucrecia en un auto en mal estado! ¡Y si no estaba en mal estado, no frenó cuando debía! De una u otra forma, fue negligente.

—Tal vez no sabía...

—¡No lo defienda! —chilló la mujer, con los puños apretados—. ¡Es lo único que le pido! Contestaré cualquier pregunta que quiera hacerme, colaboraré en todo para ayudar a Julio, pero no defienda a Telmo, por favor.

—De acuerdo. Le pido disculpas. Por lo que dice —continuó luego de unos minutos—, culparon a Asencio, por poner un abogado... pero nunca pensaron que Julio tuviera algo que ver.

Felisa se removió en su asiento, arrugando la frente.

—Que ver, no. Pero es un chico grande. El año pasado, cuando sucedió todo, pudo haber intercedido frente a su padre para que desistiera de defender a Telmo, y no lo hizo. ¡Adoraba a su tío! Claro que lo culpé; en menor medida que a mis hermanos, por supuesto. No estará sugiriendo que yo maté a Esmeralda por lo que sucedió con mi hija...

—No, no. Son solo preguntas de rutina. Su marido, ¿también culpó a Asencio

—Mi marido los odia a todos. ¡Pero no mataría a Esmeralda por eso! No tendría motivos.

Cienfuegos asintió, en silencio. Luego, con voz suave, solicitó:

—Háble me de Telmo. —La mujer lo miró con una mezcla de furia y curiosidad—. Por favor.

—Era un tipo normal —dijo, luego de resoplar, molesta—. Vivía por acá cerca, a Lucre le encantaba ir a su casa... Telmo parecía más el abuelo que el tío, le daba todos los gustos... Y encima, estaba esa mujer que había ido a vivir con él, Evelyn; Lucre la adoraba, se llevaban bien así que, cada tanto, la nena se quedaba a dormir allá. Esa mañana Telmo iba a llevarla a la escuela, Evelyn no fue porque le dolía la cabeza. Por eso se salvó —levantó los hombros—, no sé qué más quiere que le diga.

—Esa tal Evelyn, ¿era novia de Telmo?

—¡No! Telmo era gay. Siempre lo supimos todos. Menos mis padres, claro; lo martirizaron hasta que el pobre se casó y tuvo un hijo: Horacio, que tiene la misma edad de Julio. Vive en Catamarca con la madre, aunque ahora creo que están acá, por cuestiones de la herencia... No sé. Hay todo un lío con eso.

—¿Por qué?

La mujer levantó los hombros.

—Telmo era el dueño de Fuerte Mora, pero le costaba manejarlo, por eso incorporó a Asencio, porque se le dan mejor los números. Y ahora, parece que se quedó con el restaurante que debería pasar a manos de Horacio; no sé. Por otro lado, apareció un escrito donde Telmo le cedería la casa y la maldita camioneta, a la tal Evelyn. Todo esto me enteré por Silvia, la mamá de Horacio. A veces hablo

con ella, aunque mi marido no lo sabe; si se enterase se enojaría bastante... No hablo desde hace tiempo con los demás. Lo que sé es que Telmo tenía una caja en un banco donde guardaba mucho dinero y las joyas que heredó de mamá; tenía muchas, ¿sabe?, nos las repartimos cuando murió. Ahora nadie sabe dónde está la llave de esa caja de seguridad; últimamente, Telmo andaba un poco paranoico y la escondió... Si esa tal Evelyn toma posesión de la casa y resulta que la bendita llave está adentro, Horacio se queda sin nada... algo así entendí.

—Interesante —murmuró Galo—. ¿A qué se debía la paranoia de Telmo?

—Decía que alguien quería matarlo.

9

Tal como lo sugiriera el inspector Rossini, al salir de casa de los Vedia, se dirigió a lo de Romina Castellanos, cuya vivienda se ubicaba cerca del restaurante Fuerte Mora. Al llegar, se encontró con dos puertas lindantes, exactamente iguales. Eran el tipo de casa donde al entrar, uno se encuentra con una escalera que lleva al primer piso. La planta baja suele estar ocupada por negocios adyacentes. Por supuesto no había llevado la anotación con el número exacto, así que decidió librarlo al azar. Intentó con el timbre de la derecha.

Una joven de baja estatura, aunque con curvas muy pronunciadas y rostro vivaz, salió después de varios minutos.

—¿Es de la policía? preguntó.

La reconoció por las fotos. Había acertado con el timbre, lo que le provocó una pequeña sensación de triunfo.

—Así es. Soy Galo Cienfuegos. ¿Romina?

—Sí, pase, por favor. El inspector Rossini me dijo que tal vez viniera.

Lo guio escaleras arriba, hasta un gran comedor de estilo antiguo, donde un matrimonio, bastante más mayor de lo que esperaba, lo aguardaba, sentado a la mesa.

—Ellos son mis padres —dijo la chica, invitándolo a sentarse.

—Buenas tardes —saludó. El hombre asintió gravemente con la cabeza y su mujer sonrió con amabilidad—. Seré lo más breve posible —les comunicó. Luego dirigió su atención a la muchacha—: Necesito que me cuentes de tu relación con Julio Mora y dónde estabas la mañana del lunes seis, por favor.

El semblante del señor Castellanos se endureció mientras que su esposa hizo una mueca de desagrado. La chica bajó los párpados, jugueteando con los dedos sobre el mantel de plástico que cubría la mesa.

—Julio y yo nos conocemos desde hace dos años, más o menos, casi cuando empezó a salir con Esmeralda. Siempre fuimos buenos amigos... Teníamos esas cosas ¿vio?, de mirarnos y jodernos con doble intención, pero nunca había pasado nada. Hasta el año pasado. La mamá de Esmeralda murió y ella se encerró en sí misma. Juli trató de contenerla y eso..., pero es como que no salía de su casa, lloraba todo el tiempo... Creo que él se cansó. Empezó a acercarse a mí y..., bueno, a mí siempre me gustó. Tuvimos lo que tuvimos.

—¿Y cuándo terminó?

Romina alzó los ojos e inmediatamente volvió a bajarlos.

—No terminó —susurró.

Su padre lanzó un gruñido, su esposa se levantó y lo tomó de un brazo.

—Vamos, José, dejemos que hablen solos. Disculpe —agregó, dirigiéndose al invitado.

—¡Tienen que investigar a la familia, no a él! ¡Ni a mi hija! —exclamó el hombre mientras se dejaba guiar, por su mujer, a otra habitación.

Romina permaneció en silencio hasta que salieron. Luego se levantó y cerró la puerta. Volvió a sentarse, con los labios apretados.

—Julio no quería casarse con ella —murmuró—, pero su familia lo presionaba. Y ella también.

—¿Cómo es eso?

La chica mordisqueó sus labios.

—El restaurante fue abierto por Telmo Mora —dijo—. Hubo problemas financieros, entonces intervino Asencio que, sin querer, o a propósito, no sé, lo fue endeudando cada vez más. Telmo se enojó muchísimo con él y amenazó con sacarlo de la sociedad. Entonces pasó lo del accidente de Lucre y después, el suicidio de Telmo. Ahora, el *restó* está súper endeudado. El matrimonio con Esmeralda lo hubiera salvado, porque ella, con tal de casarse con Juli, había firmado un acuerdo con Asencio: pondría el capital que hiciera falta.

Galo asintió, pensativo.

—Tengo entendido que ella trabajaba como empleada bancaria...

—Sí, y ganaba muy bien. Tiene... Tenía un buen puesto. En el banco le darían el préstamo que quisiera. Además, su padre tiene mucha plata, nunca le negó nada. Y ella lo heredará... Perdón, lo hubiera heredado.

—Pero según sé, al padre de Esmeralda no le hacía ninguna gracia que se casara con Julio,

—¡Porque no es ningún boludo! Sabe que los Mora querían que su hija les levantara las deudas. Y peor: sabía que su hija también lo sabía y no le importaba; eso lo llenaba de rabia.

—¿Te viste con Julio el lunes al mediodía?

—No. Yo estuve acá; no vino para nada.

Hubo cierta sombra de duda en la huidiza mirada de la muchacha.

—¿Estuviste sola?

Ella se mostró sorprendida.

—Con mis padres.

—¿Alguna vez estuviste en el departamento de Julio?

—Sí... Y vi cosas de Esmeralda ahí dentro, pero nunca dije nada...

—¿Convivían ellos, antes del último distanciamiento?

—No. Julio no quería convivir, pero ella dejaba cosas a propósito, yo lo sabía. A veces dejaba el cepillo de dientes, a veces una bombacha, o unas medias... El sábado, por ejemplo, había un frasquito de esmalte de uñas en el botiquín, de los que usa Lorena, con removedores. Algunas veces se pinta las uñas en Fuerte Mora y Asencio pone el grito en el cielo. Pero el esmalte que estaba en lo de Julio no era suyo, porque era incoloro y a ella le gustan los colores chillones. Me dio rabia porque ahí me di cuenta de que habían vuelto; se suponía que estaban distanciados y que Esme no estaba yendo al *depto.*

—¿Qué sábado? ¿El sábado pasado?

El rostro de Romina se ruborizó, volvió a fijar la vista en el mantel.

—Sí, estuvimos juntos antes de ir al trabajo.

Cienfuegos suspiró. Julio le había mentido, pero, si era solo eso, lo comprendía... ¿O estaba mintiendo ella?

—Bien. Tus padres dijeron que el lunes estuviste acá..., dirían cualquier cosa para protegerte, ¿no es así?

—¡Ella no hizo nada! —gritó el señor Castellanos, abriendo impetuosamente la puerta.

—¡Papá!

—Lo sé, señor —se apuró en aclarar, Cienfuegos—, lo sé. Escúcheme, no soy policía. Solo estoy investigando el caso. Quiero ayudar. Lo único que necesito es que me digan la verdad.

—¡Ya se la dijo! —insistió el hombre—. ¡Andaba con Julio, pero nadie les va a creer que no se querían sacar de encima a Esmeralda! ¡Usted trabaja para los Mora!, ¿verdad? —Por más que Galo intentara negar, el hombre seguía vociferando, con el rostro colorado—. ¡Va a hacer cualquier cosa por incriminar a otro! ¡Es lo que hacen ellos! ¡Cuando Telmo mató a su sobrina, Asencio pagó un abogado para que no lo culparan porque se le venía el negocio abajo, y ahora están haciendo lo mismo!

Cienfuegos quedó impresionado con la vehemencia del hombre.

—¿Quién cree usted que la mató?

Castellanos se aferró al respaldo de una silla.

—El mismo que cortó los frenos de Telmo y de Dalia Blas, la mamá de Esmeralda.

—¡Papá!

Cienfuegos estaba atónito.

—¿Y cuál sería el motivo por el que alguien...?

—¡Dinero! ¿Qué más va a ser? ¡Asencio se quedó con el restaurante! ¡Y yo no tengo idea cuál fue el trato que había hecho con Dalia, pero por algo se la sacó de encima!

—¡¿Y también mató a la novia del hijo?! —gritó Romina—. ¡No

seas ridículo, papá!

—¡Dalia sabía algo! —se obstinó Castellanos—. ¡Y Asencio la calló! A riesgo de perder esa «colaboración» que la chica iba a darle.

—Tengo entendido que Telmo se suicidó —puntualizó Cienfuegos, poniéndose de pie. Castellanos chasqueó la lengua.

—¿Quién va a suicidarse a la casa de su propio hijo? —escupió con rabia—. El pibe de Telmo vive en Catamarca —agregó, sentándose con dificultad—, se lo llevó la madre hace años, cuando se enteró que el tipo con el que se había casado era trolo... ya sabe... A Telmo le gustaban los hombres. La relación entre él y el hijo siempre fue prácticamente nula, se hablaban de vez en cuando, pero bueno..., con el tiempo, el pibe se hizo grande y comenzaron a entenderse. Julio ayudó con esa reconciliación, le hizo comprender al primo que no era el fin del mundo tener un padre maricón. Así que Telmo viajó el año pasado a Catamarca. Vino contento. Y estaba contento cuando, en octubre, para el cumpleaños de Horacio, volvió a ir. Dijo que le haría bien estar con él después del accidente de la nenita... ¿Y va y se suicida? ¿En la casa del pibe? ¡No! ¡Yo no me lo trago, señores! ¡Ahí hay gato encerrado!

—Veo que conoce bien a la familia.

—Sí —reconoció—. En realidad, yo conocía al padre de los Mora. Fui al colegio con él.

—Entiendo… ¿Cuál fue el resultado de la investigación? La del supuesto suicidio de Telmo.

—¡Que se mató! Se metió un tiro en la cabeza. ¿Dónde se ha visto? ¿Odiaba al pibe, que le desparramó los sesos por toda la sala? ¡No! ¡Ahí metió la cuchara Asencio Mora! ¡A mí no me la dibujan!

—Bueno, papá, calmate que te va a dar algo.

—Algo me va a dar si te meten en cosas en las que no tenés nada que ver.

Cienfuegos consideró que era mejor marcharse para que el hombre se tranquilizara y se despidió lo más diplomáticamente que pudo. Romina lo acompañó para abrirle la puerta.

—El lunes estuve en Palermo —murmuró al llegar abajo. Él frenó su marcha y esperó a que continuara—. Tenía que comprarme unas cosas y fui para aquel lado, no pensaba acercarme al departamento de Julio, lo juro. Pensé que todavía estaría con Esmeralda. Había escuchado, la noche anterior, que lo había llamado y que se reunirían... Supuse que habían pasado la noche juntos, ¡me dio una bronca!... Entonces me enteré de que él había ido a trabajar temprano y que ella todavía estaba en su casa. Entonces pensé en ir a hablar con ella... Pero me arrepentí. ¡Lo juro!

Creerle o no, a Romina Castellanos, era algo que debía decidir

en el menor tiempo posible. Si le creía, significaba que Julio le había mentido al menos en algo, lo cual podía comprender. Hubiera sido horrible tener que reconocer que le metió los cuernos a la muerta hasta la tarde anterior a su deceso; incluso agregaba más motivos de sospecha sobre él y sobre Romina. Y si ésta había mentido sobre qué hizo realmente en aquel mediodía fatal, solamente podía ser porque la había matado ella. También podía estar mintiéndole sobre el final de su relación con Julio, aunque esto no tenía ningún sentido; a chica no era boba. Sabía que era algo fácilmente comprobable. Tenía mucho que pensar.

Había decidido acercarse hasta el Castelar; pero antes, fue a poner una denuncia sobre el mal estado de la vereda de Pacheco de Melo. No era muy factible que alguien hiciera algo, pero se quedaría tranquilo sabiendo que, al menos, lo había intentado.

10

El restaurante del hotel Castelar era uno de sus favoritos, por lo que le significó un verdadero placer que Horacio Mora y su madre se alojaran allí. Recordó aquellos deliciosos desayunos que solía degustar en compañía de sus padres y su hermana cuando era niño.

El lugar había cambiado poco. Los mármoles de las paredes, las sillas de madera, la barra, continuaban intactos. Hasta aquel espejo en donde jugaba a hacer morisquetas con Marina, su hermana, estaba igual. Una penosa emoción lo embargó al recordar a su familia, tan unida entonces, tan disgregada después. Con su padre muerto, la relación con Marina se había vuelto ríspida, aunque se hablaban de vez en cuando; lo que sí conservaba intacto era el vínculo con su madre, a quien visitaba lo más frecuentemente que podía. Ella también, a veces, se acercaba a verlo.

Era en momentos como aquél cuando más le dolía la separación de sus hijos a causa de los excesos pasados. Y afloraban los demonios.

Antes de entrar encendió un cigarrillo. Le dio dos pitadas, lo tiró a la acera y entró.

Se acercó a la barra de madera y mármol y habló con el encargado; éste le indicó una mesa a su derecha cuyos ocupantes parecían atentos a sus movimientos. Lo habían reconocido, sin duda.

—¿Horacio Mora? —preguntó al acercarse.

Un muchacho extremadamente delgado, de pómulos chupados, piel cetrina y ojos hundidos, asintió, invitándolo con un ademán, a sentarse con ellos.

—Ella es mi madre —dijo.

—Encantada —saludó la mujer, tendiendo su mano. Tendría unos cincuenta años, era un poco más baja que su hijo, pero igual de delgada—. Silvia Acuña.

Ocupó la única silla que quedaba vacía.

—Yo soy Galo Cienfuegos. Entiendo que están en Buenos Aires por los trámites hereditarios de Telmo, ¿es así?

—Sí —replicó el muchacho. Y detalló—: Una preciosa casa sobre la calle Conde, un departamento en Mar del Plata, otro en Congreso y el restaurante Fuerte Mora, en plaza Serrano. ¿Le parece buen motivo para haber viajado?

—Me parece que yo también lo hubiera hecho —coincidió—. También hay ciertos valores en una caja de seguridad, ¿no es así?

Silvia Acuña levantó las cejas. Horacio, en cambio, dibujó una breve sonrisa.

—¡Qué rápido se enteran de todo! —exclamó.

—Hago mi trabajo.

—Pero, ¿usted no es actor? —preguntó la mujer, con gesto complacido.

Cienfuegos cruzó las piernas hacia un lado de la mesa y entrelazó sus dedos.

—Era. Antes interpretaba detectives, ahora soy uno de ellos. O pretendo serlo.

—Y ¿por qué le interesa mi padre? —quiso saber el muchacho.

—Me parece que su muerte fue un tanto dudosa.

Mora compuso un gesto de desinterés.

—Fue raro, no lo discuto. Habíamos quedado en ir a cenar al restaurante de un conocido... Faltaban dos días para mi cumpleaños... Pero la policía no encontró nada que indicara otra cosa que no fuera suicidio...; nadie entró, nadie lo atacó. La puerta estaba cerrada y su llavero en el cinturón. Lo que estudiaron bastante fue el ángulo del disparo…

—¿Por qué?

—Fue un ángulo extraño, como si hubiera bajado la pistola y ésta se hubiera disparado en ese momento. Bueno, es lo que indicaron los peritos como posible causa; el escenario estaba muy confuso...

—¿Confuso cómo?

—Difícil de descifrar. Mi padre tenía restos de pólvora en sus manos, aunque poca cantidad... podría haber forcejeado con alguien, pero no hay una evidencia concreta de que esto hubiera sido así. Como dije, no había huellas de otra persona.

—¿Tal vez alguien limpió la escena?

—Tal vez, y esa mañana, además, había estado la señora que hace las tareas domésticas.

—¿Encuentran algún motivo para que haya querido matarse?

—La culpa —murmuró Silvia—, no superaba la muerte de Lucrecia. Se culpaba a sí mismo, una y otra vez.

—¿Y ustedes qué creen? ¿Fue un accidente? ¿Realmente fallaron los frenos?

Horacio Mora lo estudió, dudoso. Luego estiró la boca.

—La policía dijo que el cable estaba cortado; por el estado en el que quedó el auto, no pudieron determinar si estaba dañado desde antes, o se cortó durante el accidente. Esa parte quedó hecha pelota. Era una camioneta nueva, así que difícilmente pudo haber tenido un problema de ese calibre, pero —el muchacho levantó los hombros—, si no se puede probar...

—¿Tienen a alguien, en mente, que haya podido hacer semejante cosa?

—Mi tío Asencio, tal vez, para quedarse con el restaurante, pero no lo creo… Dudo que haya viajado a Catamarca por aquellos

días, no tiene nada que hacer allí. Y no podemos imaginar que se haya querido asesinar a Lucrecia...

—¡No, no, por supuesto que no! Lamentablemente, la nena sería, en caso de sabotaje, un efecto colateral.

Horacio Mora exhaló un largo suspiro.

—La verdad es que mi tío podrá ser muchas cosas... Bueno, para ser sincero es bastante hijo de puta, pero no creo que sea capaz de matar a su propio hermano.

—¿Telmo conocía a Dalia Blas?

—No sé quién es Dalia Blas. Vivo en Catamarca desde hace veinte años, mis abuelos maternos tienen un lindo viñedo, vivimos tranquilamente. Vinimos por los trámites legales.

—¿Tienen abogado acá?

—Claro que sí, pero está todo muy complicado con ese documento que dejó mi padre. Para impugnarlo hay que hacer cientos de pruebas.

—Y lo peor es que parece que realmente lo escribió él —agregó Silvia—. Y que hasta hay testigos.

—¿Qué documento?

—Uno, en el que cede la casa de Conde, y la camioneta del accidente, a su amiga Evelyn.

Ya eran dos, los que le mencionaban a esa mujer.

—¿Evelyn?

—Sí, la que se llevó a vivir con él. Ella se separó del marido y parece que fue bravo, el tema. No sé si para consolarla o qué; tal vez para acompañarla... el caso es que se la llevó a su casa.

—Muy curioso —murmuró Galo.

Horacio asintió.

—Si ese papel es real —continuó—, y válido, ella se adueña de la casa y yo puedo despedirme de mi herencia. En la caja de seguridad del banco están los títulos de todas las propiedades, más algunos miles de dólares y las joyas que mi padre heredó de mi abuela —expresó con tristeza—. Todo pasaría a sus manos.

—No comprendo, ¿por qué?

—La llave de la caja de seguridad está en la casa. Si mi padre le dejó la propiedad a esa mujer, le pertenece junto con todo lo que hay dentro, ¿me comprende? Mi padre nunca me hizo el menor comentario de haber hecho semejante cosa. Sí, me dijo que se había peleado con ella y que la llave estaba a buen resguardo, dentro de la casa. Que apenas regresara pediría, al banco, otra copia para mí.

—Para que ese papel sea válido, deberían haberlo firmado al menos dos testigos. Ustedes dicen que los hubo.

Mora levantó los hombros.

—No lo sabemos, la verdad. El dichoso papel todavía está en

manos de la Evelyn esa, que ya presentó un escrito en la fiscalía.

—Y esa mujer, ¿estaba en la casa cuando tu padre viajó?

—No, no. Se habían peleado, mi padre la echó de la casa y ella se fue, no sé adónde, creo que se había vuelto a Italia —Cienfuegos se sorprendió—. Sí, había vivido años en Florencia, iba a ser monja, pero no sé qué pasó que volvió y se puso a trabajar como enfermera. Y ahí conoció a mi papá. En cuanto murió mi viejo, le pedí a mi primo, Julio, que fuera hasta su casa y sacara los papeles importantes y todas las llaves que encontrase. Pero ninguna era del banco.

El joven abrió las manos, en señal de resignación. Su madre negaba tristemente con la cabeza.

—¿Ustedes la conocen? A Evelyn.

Ambos negaron con la cabeza.

Luego de un rato de charla, Cienfuegos regresó a su casa sintiéndose acongojado. No podían ser, todos, hechos al azar. La madre de Esmeralda, Lucrecia, Telmo, su suicidio… Tenía que haber una conexión. Pero, ¿cuál, cómo? ¿Por qué? ¿Quién tendría un motivo tan sólido como para provocar tanto dolor? Algún desquiciado. No podía pensar otra cosa.

11

Era viernes y la ciudad estaba un poco más bulliciosa. Abrió una hoja de la puerta ventana y se asomó al balcón, el aire era más fresco en la altura de un piso diez. Estaba invitado a cenar en lo de Celeste, pero era temprano todavía y necesitaba despejarse. Tenía la suficiente información como para sacar algunas conclusiones, aunque no lograba ordenarlas totalmente. Se sentó en el piso y apoyó la espalda contra el vidrio.

Romina Castellanos tenía todo para ser la asesina, estaba muy celosa de Esmeralda quien se convertiría, en breve, en la esposa de Julio, aunque éste le había asegurado que no la amaba. Por otro lado, su padre era farmacéutico, por lo que era factible que supiera cómo manipular la sustancia y la tendría, además, al alcance de la mano. También le confesó haber andado por la zona minutos... Un momento. Las palabras de Romina rebotaron en su cerebro.

«El sábado, por ejemplo, había un frasquito de esmalte de uñas en el botiquín, de los que usa Lorena, con removedores, pero no era suyo porque era incoloro y a ella le gustan los colores chillones».

Entró lentamente y buscó la copia del expediente que estaba sobre su cama. Revisó las fotografías. «El botiquín, el botiquín... ¿dónde están las fotos del boti... ¡acá están...! ¡No hay ningún frasco de esmalte!»

Se dejó caer sobre la cama con una pierna doblada, haciendo memoria acerca de lo que había leído en la enciclopedia sobre el cianuro y su presentación en forma líquida, gaseosa, polvos o sólida cristalina... «¡No eran removedores! ¡Eran sales de cianuro!»

Una vez consumado el crimen, el asesino se habría llevado el frasco de esmalte y por eso no aparecía en las fotografías que había tomado el equipo forense.

Esto cambiaba un poco el panorama. Quien lo había hecho, había planificado el asesinato al detalle. Y era alguien que entraba regularmente al departamento de Julio. O que conocía a Esmeralda Blas. O ambas cosas.

«Hay tres llaves. Una la tenía Julio, otra Esmeralda y la tercera, Lorena Mora, la madre del chico. Romina pensó que el frasco de esmalte era de Lorena, pero ella no mataría a su propio hijo. ¿O sí? ¿Por qué?»

Galo inspiró, se estiró y bostezó. De pronto, una pregunta le hizo fruncir el entrecejo. Miró la hora: las ocho. Ya tendría que ir saliendo para lo de Celeste. Fue hasta la mesita del teléfono y dio varias vueltas en círculo, apretándose con los dedos el labio inferior.

Luego inspiró profundo y rebuscó entre los papeles del cajoncito hasta dar con el número indicado. Marcó.

—*Hola.*

—¿Romina?

—*Sí.*

—Soy Galo Cienfuegos.

—*Sí, lo reconocí, ¿qué tal?*

—Bien; escuchame, me dijiste que el lunes fuiste a Palermo pensando que Julio estaría con Esmeralda, pero te enteraste de que él no estaba en casa sino que había ido a trabajar, y entonces se te cruzó la idea de ir a hablar con ella.

—*Sí.*

—Fuiste hasta el edificio, ¿verdad? Con un buzo y una capucha.

—*...Sí. Me lo había comprado recién, en una oferta del shopping, de esas liquidaciones por «fuera de temporada».*

—¿Cómo te enteraste de que Julio estaba trabajando?

—*Por Bebi. Me la encontré en Serrano y Costa Rica, iba a la farmacia, a comprar la medicación de Martha.*

—Eso habrá sucedido cuando recién saliste de tu casa.

—*Sí.*

—De acuerdo. ¿Sabés cuál es el nombre de Bebi?

—*Evelyn.*

—¿Rojas?

—*Creo que sí.*

Colgó el auricular y se quedó varios minutos sopesando lo que acababa de escuchar.

«A veces nos da una mano con la limpieza, es una santa».

¿Y si hacía también la limpieza en el departamento de Julio? Usaría la llave de Lorena. Y los frascos... Es enfermera, tiene cierta facilidad para conseguir el veneno... pero ¿y el motivo? ¿Y Dalia Blas? ¿Entró también en algún plan macabro para...? ¿Para qué?

El teléfono sonó, sobresaltándolo. Era Celeste, lo estaba esperando junto a Bernardo. Decidió apurarse.

12

Celeste estaba radiante. Llevaba un solero de algodón violeta con pequeñas flores en gris y blanco, un turbante en la cabeza y sandalias chatas con tiras cruzadas. Había ordenado a sus empleados, Lyria e Isaías, que preparasen la cena.

Los recibió en el atelier, feliz como una niña.

—¡Lamento tanto que Manuel se haya ido! —se quejó—, de todos modos, están ustedes. ¡Terminé el cuadro! —Y al decirlo descorrió la tela que cubría la obra. Era un cuadro más bien pequeño, en donde podía verse, sobre una seda color durazno, una cadena con una cruz perfectamente logrados. Los relieves eran asombrosos, y la luz, sin duda, exquisita.

—¡Es estupendo! —exclamó Bernardo, extasiado—. ¡Te superás con cada obra, amiga mía!

—¡Gracias, Bernie! Estoy muy contenta de haberlo terminado y de que haya quedado tan... ¡lindo! ¡Al menos a mí me encanta!

—¡En verdad está muy bueno! —asintió Galo, observándolo más de cerca.

—La cruz de alabastro —dijo ella—. Así se llama. En memoria de la pobre Esmeralda Blas.

Sobre la mesa descansaba el pequeño escenario que había montado Celeste como modelo. La cadena y la cruz aún estaban allí. Se acercó despacio.

—¿Puedo? —preguntó, estirando una mano.

—Sí, claro —replicó Celeste, riendo—. Ya está terminado, podés compararlo con el original cuanto quieras; no encontrarás diferencias.

—Estoy seguro que no —dijo, sosteniendo la joya entre sus manos. La cadena era gruesa y sí, era de plata. La cruz, de alabastro; y el cristo montado en ella, también de plata. Era una joya bastante antigua. La cruz tenía cierto espesor; en su parte trasera había una breve inscripción: *Missionari del Giglio.* Galo la observó, pensativo. «Fue monja, en Italia». Tal vez fuera un regalo de Bebi a Telmo. Una delgada hendidura recorría íntegramente la cruz, a pocos milímetros de la cara que llevaba el cristo. Encajó la uña con sumo cuidado y se abrió en dos, como un precioso cofrecito. Quedó estupefacto.

—Necesito el teléfono —murmuró, luego de algunos minutos.

Sacó de su bolsillo un papel con varios números anotados y buscó el de Julio Mora.

Bernardo y Celeste observaron con curiosidad como marchaba, a paso lento, hasta el teléfono.

Galo inspiró una gran bocanada de aire y marcó.

—*¿Otra vez usted?* —Era Lorena. Le explicó que solo quería hacer un par de preguntas a Julio. Suerte que el interesado, al parecer, le quitó el teléfono de las manos.

—*Cienfuegos, soy Julio, dígame.*

—Cuando tu primo te pidió que sacaras lo importante de casa de tu tío Telmo, ¿qué sacaste?

—*Unas copias de las partidas de nacimiento de él y de Horacio, unos documentos...todas las llaves que pudimos encontrar, porque me las recomendó especialmente, y algunas boludeces. Fui con Esme.*

—¿Qué boludeces?

—*Un espejo, que al cerrarse parece una valijita, un par de libros, una pluma del año del jopo que no sé de dónde la había sacado, una cadena con una cruz de piedra, una lámpara... Ah, sí, y un tapiz que mi tío había comprado en la India.*

—¿Todo eso estaba así, a simple vista?

—*Sí, el espejo creo que estaba sobre su mesita de luz, los libros en un mueble del comedor, la pluma también estaba en el mismo mueble... ¿qué más? La cadena con la cruz colgaba en la cabecera de su cama y la lámpara estaba en la cocina. A Esme le gustó.*

—¿Dónde fuiste el lunes al mediodía? Es importante.

—*Prefiero no decirlo, tal vez involucre a alguien que sé, que no tiene nada que ver.*

—Creo que ya sé la verdad, pero necesito terminar de unir las piezas, y para eso, lo principal es saber qué es verdad y qué mentira. ¿Dónde fuiste?

—*… A buscar a Romina, pero ella no estaba y me quedé un rato en la plaza... Escuche, ¡ella no tiene nada que ver!*

—Lo sé, quedate tranquilo que ya lo sé. Gracias.

—Tengo que hablar con Rossini —dijo al cortar—. Llamen a la policía. Y tengan cuidado. Puede que alguien se presente por aquí con malas intenciones. No le abran la puerta absolutamente a nadie hasta que lleguen los agentes. ¿Me entendieron? ¡A nadie! —Y se fue, llevándose consigo, la cruz.

13

En la pensión donde vivía el inspector Rossini, la encargada le informó que éste había salido a cenar. Era una mujer rellenita que lo reconoció de inmediato, confesándose fanática suya. Por ello, no le costó nada que le dijera dónde, exactamente, solía cenar el inspector. Le agradeció la información con una encantadora sonrisa que dejó profundamente complacida a la buena señora y marchó en su búsqueda.

La pizzería Banchero estaba a una cuadra de distancia.

Rossini torció la boca en cuanto lo vio entrar al amplio salón. Cienfuegos se acercó rápidamente y se sentó frente a él.

—Julio y Romina no tienen nada que ver con la muerte de Esmeralda —dijo.

—¿De veras? —preguntó el policía, sardónico—. Y ¿quién la mató, según vos?

—No solamente a ella.

Miró la última porción de pizza en la bandeja. La anteúltima estaba por la mitad, en el plato de Rossini. ¿Se había comido una pizza entera? Adivinando sus pensamientos, el inspector aclaró—: Salas se comió la otra mitad, acaba de irse. Hablá de una vez.

Cienfuegos sonrió y buscó al mozo con la mirada; en cuanto se acercó, le pidió dos porciones de muzzarella y una gaseosa.

—El lunes seis de enero, al mediodía —comenzó—, alguien entró al departamento de Julio Mora; alguien que sabía muy bien que él no estaría, pero sí, Esmeralda. Y, ¿por qué querría, esta persona, hacerle daño a Esmeralda? Porque supuso que tenía algo de su interés. Lo que esta persona no sabía, es que ese objeto ya no estaba en poder de Esmeralda.

Rossini tragó un trozo de pizza y bebió un trago de vino.

—¡Dejá de hacerte el misterioso, Cienfuegos, y decime lo que quieras decir, que se me va a atravesar la comida!

El mozo se acercó con el pedido y lo dejó frente a él.

—Tranquilo —murmuró éste—, ya llegamos al punto. Te explico: cuando Telmo Mora murió, el año pasado, dejó una bonita herencia, ¿verdad? —Rossini asintió, al tiempo que se servía la última porción—. Bien, los títulos de sus propiedades, más una suma cercana a los cincuenta mil dólares, quedaron en la caja de seguridad de un banco. Mora sabía quién quería arrebatarle todo eso, así que escondió la llave de la caja de seguridad, en un lugar que consideró seguro, valga la redundancia. La escondió en una joya que le habían regalado. Ni siquiera la llevaba encima, por miedo a que esta persona enviara a

alguien a robarlo. Él, mejor que nadie, sabía del peligro que corría. No era paranoia lo suyo. Era real, ya había intentado matarlo una vez; intento en el cual murió la pobre niña, Lucrecia Vedia, su propia sobrina. —Rossini detuvo el tenedor cuando estaba a punto de ingresar en su boca—. ¿Y todo eso por qué? —continuó Galo—. ¡Por dinero! ¡Por una casa! ¡Por un lugar en el mundo! Esta persona se había quedado sin nada. Sola y sin nada. Su propia familia le había quitado todo. Y sabía que Telmo tenía dinero, sabía de esa lotería que había ganado, un premio inmenso, impensado. Premio con el cual se compró el restaurante que, de a poco, fue dando sus frutos. Al poco tiempo, también compró, en cuotas un departamento que puso en alquiler, después compró otro, de la misma forma. Es una época fabulosa para estos negocios si uno sabe por dónde moverse. Y Telmo sabía. La estabilidad existente en estos momentos hace que muchos se confíen, solo hay que aprovechar la oportunidad. —Galo sirvió gaseosa en su vaso—. El caso es que a Telmo le fue bien. Un premio que invirtió sabiamente, ¡y ganó! Tanto es así que decidió comprarse, además, una camioneta.

Rossini levantó la mano tras limpiar su boca con una servilleta.

—No te voy a seguir escuchando hasta que no me digas de quién se trata.

—Evelyn Rojas, alias «Bebi».

—¿La mujercita insignificante que atiende a la mamá de Lorena Mora?

—La misma.

—¡Vos estás más loco que una cabra! ¡Esa mujer no puede hacerle daño a una mosca! La estudiamos, la entrevistamos. ¡Fue novicia en un convento!

—Sí, en Italia. Mi estimado, ¡atá cabos, caramba!

—A ver, ilustrame mientras me pido un postre. ¿Querés flan?

—No, todavía me queda una porción. La mujercita esa, tan insignificante según vos, estuvo viviendo con Telmo. Era su amiga, él le contaba todo. Por eso, supo que estaba distanciado de su hijo, al que le costaba aceptarlo como hombre gay. Metió toda la cizaña que pudo. ¿No te diste cuenta de que es cizañera? En cinco minutos, me habló mal de la muerta, de Telmo, de los Mora y hasta de Julio. Amén de su propia familia. Ni el hijo se salvó. ¿Los entrevistaron? ¿A la hermana, al ex marido, al hijo?

—No, ella nunca fue sospechosa.

—Pues te aconsejo que lo hagas, creo que te vas a llevar una sorpresa. ¿Sigo? —Rossini asintió, casi con resignación—. Aprovechando ese malestar con el hijo y el carácter, algo débil, de Telmo más su terrible situación en la vida luego del accidente donde murió la nena, debe haber minado la moral del pobre hombre hasta el

hartazgo, lo convenció, o, lo más probable, lo manipuló, hasta que él redactó un documento donde constaba que le dejaba la casa de Colegiales. Para que la pobrecita tuviera donde vivir. Pero ella sabía que había mucho más. Y, seguramente, también sabía que Telmo guardaba todos los títulos de sus propiedades y los dólares que tenía, en una caja de seguridad, en su banco. Él mismo se lo habría contado. Ella lo quería todo. No tiene trabajo; con cincuenta y tantos ya no le resulta fácil encontrar uno, aún no puede jubilarse porque le falta edad.

» Quería la casa, el dinero, todo. Demostrarle a su familia que, a pesar de su rechazo, ella podía ser «alguien». ¿Cómo conseguirlo? Matando a Telmo y haciéndose con la llave. De ese modo, heredaba la casa con todo lo que había dentro y Horacio, su heredero natural, se quedaba sin nada y ella con todo. Entonces actuó, cortó los frenos de la flamante camioneta sin imaginar —supongo— que Lucrecia iría a dormir esa noche a la casa y que Telmo la llevaría a la escuela.

—Por eso no quiso subir esa mañana... —murmuró Rossini, comenzando a ver el cuadro de la situación.

—Claro. Y por eso le dolió tanto la despedida de la nena... Pero fijate que esto le dio aún más poder. Ahora podía manejar a Telmo a través de la culpa. ¡Lo llenó de culpa! Y llegó un punto, cuando muere Dalia Blas, en el que el pobre hombre se dio cuenta de que ella había estado involucrada en ambos accidentes. Por eso discutieron, él le pidió que se fuera de su casa y que le devolviera las llaves.

—Y ¿por qué mató a Dalia Blas?

—Bebi supuso que la caja de seguridad estaba en el banco en el que trabajaba Esmeralda, ¿cómo presionarla mejor, que a través de su madre?

—¿Y por qué Telmo no la denunció? —preguntó Rossini levantando los hombros.

—No podía probarlo. Si la policía no pudo establecer si fue sabotaje o accidente... Cuando él la echó, ella se fue furiosa, pero no derrotada. Cuando Telmo fue a Catamarca para ver a su hijo, Evelyn supuso que llevaría consigo la llave de la caja de seguridad. Por eso viajó tras él. No debe ser difícil dar con cierto viñedo si conocés el nombre del mismo. De algún modo, encontró a Telmo y habrá intentado obligarlo a que le dé la llave, seguramente él le dijo que estaba escondida en la casa. Lo mató y regresó a Buenos Aires.

—¿Ella lo mató?

—¿No fue raro que la policía catamarqueña haya determinado que el tiro se realizó estando él en un ángulo casi imposible?

—De abajo hacia arriba, sí. Pero un perito explicó que el tipo pudo haber bajado la mano en un intento de arrepentimiento y el arma se le disparó. Están todos los esquemas. Es factible.

—Lo sé, lo sé, fue un disparo limpio. ¿No es factible que le haya disparado alguien un poco más bajo? Que Telmo, por ejemplo, ¿haya girado sobre sí mismo al oír el sonido de la quita del seguro del arma, y ese alguien le haya disparado?

—Sí. También se consideró esa teoría, pero como no se encontró absolutamente nada que revelara la presencia de otra persona... Hasta se encontró cierto rastro de pólvora en sus manos.

—Pudieron haber forcejeado. ¿Investigaron si Evelyn Rojas viajó a Catamarca en octubre del año pasado?

—No. Repito. Ella nunca fue sospechosa.

—¡No entiendo por qué! ¡Vos escuchaste las mismas declaraciones que yo y leíste las mismas entrevistas que yo!

—¡En el accidente automovilístico, no tuvo nada que ver! No entiende nada de autos, su amigo mató a la sobrinita; fue una impericia de Telmo Mora. ¿Por qué la íbamos a investigar? Cuando se suicidó Mora, ella estaba en... ¡qué se yo dónde estaba! ¡Pero no teníamos motivos para pensar en ella! Él ya le había hecho un documento donde le cedía la casa y la maldita camioneta a la que ya no quería ver más. ¿Para qué iba a matarlo? —Cienfuegos abrió la boca para decir algo, pero Rossini continuó—: Y el lunes seis, cuando murió Esmeralda, ¡Evelyn estaba en casa de los Mora, cuidando a la mamá de Lorena!

—¡Eso es mentira! Ahí está tu falla. No escuchaste a Romina Castellanos.

—Claro que la escuché. Y te escuché a vos —agregó, bajando el tono—. Es adoptada, ya pasé los datos a ver si se encuentra algo. De todos modos, Romina va a decir cualquier cosa para defenderse, estaba en la puerta del edificio de Julio. Era la encapuchada, que todavía no había entrado a matar a la chica.

—Ay, Rossini, Rossini.... A esa hora, Esmeralda ya había ingerido el veneno y su asesina se hallaba rumbo a la casa de los Mora para «cuidar» a Martha no sé cuántos.

—Cillieri —apuntó el inspector, pensativo—. La madre de Lorena.

—Antes de ir a merodear el edificio, Romina se había encontrado, en Serrano y Costa Rica, con Evelyn Rojas, o Bebi, quien le contó que había salido por unos medicamentos para Martha, informándole, además, que Julio no estaba en su casa, sino que había ido a trabajar al restaurante.

—Serrano y Costa Rica está bastante lejos de la casa de Julio —meditó el inspector.

—Lo sé. Pero ¿qué hay allí?

—No voy a jugar a las adivinanzas.

—¡La parada del treinta y nueve! Que la lleva, directo y sin

escalas, a Julián Álvarez y Santa Fe.

—¡Santo Dios! ¿Y a qué hora fue esto?

—Doce y cuarto, doce y media, más o menos. Para cuando Romina llegó a la zona —que fue caminando—, buscando lo que tenía que comprar...

—¿Caminando?

—Caminando, sí. Y despacio. Su recorrido está corroborado por los tickets de sus compras; son unas quince cuadras más o menos; entrando a un negocio y a otro, mirando vidrieras, puede tardar cerca de una hora. Evelyn, en colectivo y con la ciudad despejada como está, ya había llegado al departamento y le había dado el veneno a Esmeralda.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pensaba ella que tenía la chica?

—La llave de la caja de seguridad del banco.

—¿Y vos sabés dónde está esa llave?

Cienfuegos sacó, de su bolsillo, la cruz.

—Acá adentro.

—Y ¿cómo se enteró ella de que la tenía Esmeralda?

—No lo sabía. Cuando llegó de su viajecito por Catamarca se enteró de que Julio había estado sacando *cosas* de la casa; supuso que habría sacado también la llave. Habló disimuladamente con él y le sonsacó qué *cosas* había retirado de lo de Telmo. Al decirle Julio «todas las llaves que encontré», entendió lo que entendió, lo que creyó cierto. Esmeralda trabaja en un banco. Blanco y en botella.

—No puedo detenerla por suposiciones tuyas...

—¡Ya lo sé! ¡Pero investigá, hombre! ¡Mandá a tus hombres a ver qué dice su marido y su hijo, que no la han vuelto a ver desde quién sabe cuándo y no se preocuparon porque quedó en la calle!

Rossini bufó, al tiempo que raspaba con la cucharita el último rastro de dulce de leche en el platito del flan.

—Está bien.

Epílogo

Evelyn Rojas no tenía idea de dónde estaba la llave, se mostraba imperturbable en la oficina del comisario. Rossini le había contado su conversación con Cienfuegos y las declaraciones de su familia. Y que habían constatado que había viajado, en octubre, en micro a Catamarca. Ella miró a través del vidrio y sonrió, mostrando sus enormes, blancos y parejos dientes. «Te felicito», dijo.

Cienfuegos leyó sus labios.

Ella rechazó un abogado; únicamente hablaría con él, Con Galo Cienfuegos. Así que, a regañadientes, Rossini lo autorizó a entrar en la sala.

—Te felicito —repitió, en cuanto se sentó frente a ella—, únicamente vos pudiste haberme descubierto. No pensé que me sentiría así, pero estoy realmente halagada.

Su sonrisa era amplia. Los párpados, ligeramente caídos, la hacían parecer burlona.

«Está loca», pensó Galo.

—¿No era tu amigo, Telmo?

—Sí. El mejor que tuve. Pero no quería darme su casa y yo no tenía donde vivir. ¡No nací para andar viviendo de otros! Yo tenía mi casa y me la quitaron, ¿entendés?

—Nunca tuviste casa propia. La casa donde vivías con tu mamá era alquilada, y cuando te casaste, vivías en lo de tus suegros.

Ella levantó un hombro, sin dejar de sonreír.

—Ya no la necesitaban. Si hubiera permanecido casada, sería mía. Pero, mi ex me metió los cuernos con alguien que podría ser su hija y me sacó a patadas, como a un animal.

—Dijo que quisiste matarlo.

—¡Ja! ¿Y vos no hubieses querido matar a alguien que te engañó? Lo peor es que puso a mi hijo en mi contra.

—Tu hijo tuvo que intervenir para que no le enterraras un cuchillo al padre.

—¿Eso te dijeron? ¡Qué valor! Bueno, me importa tres cominos lo que digan, lo que vos pienses, nada. No me importa nada. De verdad, ¿eh?

—¿Mataste a Telmo porque no te regaló su casa?

—¡No! ¡Me lo debía! Telmo era un pobre muchacho, un estúpido que se dejó arrastrar por la ex, por el hijo y por sus hermanos. ¡Era tan fácil manejarlo! Cuando me separé, él había ganado esa lotería que lo llenó de plata. Si no hubiera sido por mí, lo habría perdido todo en diez minutos. Imaginate que le dije «comprate

un negocio» y se compró el restaurante. ¡Y va, el imbécil, y lo deja en manos de Asencio! ¡Obvio que el otro le iba a sacar hasta el último centavo! ¡Si es una piraña! ¡Más malo que el hambre! Le dije que invirtiera, lo hizo y ganó más plata. Gracias a mí compró los departamentos que todavía hoy, están alquilados. Me dio unos pesos, claro, pero a mí no me conforman unos pocos pesos. No, señor. ¡Yo quiero todo, chiquito, todo! Le dije, «lo menos que podrías hacer es poner esta casa a mi nombre». El desgraciado se rio en mi cara y me dijo que toda su herencia sería para el hijo. ¡Ja! ¡Para el hijo! ¡Que lo negaba porque era gay! ¡Que no lo quería ni ver! ¡Un hijo que apenas conocía! Lo dejé pasar. Me reí con él..., pero…, el que ríe último ríe mejor. ¿O miento? Se compró la camioneta. También lo ayudé yo, a elegirla. Y ahí vi mi oportunidad, fue fácil, corté el freno con un pedazo de lata. Mi hermano es chapista, ¿sabés?, y yo aprendí mucho de él. Lo que no me imaginé es que llevaría a la nena.

—Pero la nena se había quedado a dormir en la casa. Eso lo sabías.

—¡Sí! ¡Y se suponía que el padre la pasaría a buscar para llevarla a la escuela! Pero la mocosa empezó a lloriquear que quería que la lleváramos nosotros. ¡Ni loca iba a subirme a esa camioneta! Y bueno, pasó lo que pasó.

Evelyn se puso seria por unos segundos. Luego volvió a sonreír.

—Y ahí todo fue más fácil, ¿sabés? ¡Estaba tan lleno de culpa, pobre Telmo! Me dijo «¿querías que te regalara algo?, bueno, ahí tenés la maldita camioneta. Yo no la quiero ver más». Algo es algo, ¿no? Claro que después del accidente el vehículo quedó incautado. Esperaría. Algún día me lo entregarían...

—¿No tuviste miedo de que descubrieran lo de los frenos?

—Al principio sí. Pero cuando vi cómo había sido el accidente me quedé tranquila. Hice bien mi trabajo. Si hubiera cortado ese cable con un cuchillo o una tijera, sí, lo habrían descubierto, sin duda. Pero no lo corté, lo desbasté con una chapa, un poco, como para que terminara de cortarse en cualquier momento… ¡me dio un trabajo! Pero soy buena..., un corte desparejo, un choque, y nadie se entera de nada.

» Entonces se me ocurrió una idea: le dije a Telmo que hiciera un documento donde me cediera absolutamente todo o yo le entregaría a la policía una prueba de que él había conducido alcoholizado. ¡Asencio le había pagado un abogado para que ni pruebas de alcoholemia le hicieran! Yo no tenía ninguna prueba, por supuesto, así que al principio no me creyó, pero cuando le dije cómo había cortado los frenos, se asustó y me hizo el papel. Se dio cuenta de que yo puedo hacer lo que quiero. Después me pidió que me fuera, que le devolviera las llaves. Y lo hice. Pero le advertí que me

desocupara la casa en un mes o iría a la policía. ¿Sabés lo que hizo, el bastardo? ¿Después de que yo ya no podía entrar a la casa, a mi casa? Me dijo que ese papel no tenía valor porque no hubo testigos, que los títulos de propiedad más el dinero, estaban en la caja de seguridad de un banco. El banco donde trabajaba Esmeralda, la novia de Julio, pero que ella no sabía nada. Y que, para mayor seguridad, le había dado la llave de la caja a la mamá de Esme, a Dalia.

Galo entornó los párpados. Evelyn comenzó a juguetear con las yemas de sus dedos.

—Entonces fui a ver a Dalia. Ella no sabía tres cominos, por supuesto. Telmo me había mentido. Justo fui un domingo y la empleada estaba lavando el auto. ¡Fue tan fácil descomponer esos frenos...! No pasó mucho hasta que se mató en aquel accidente —sonrió—. Ahí fue que Telmo entendió con quién estaba tratando, se sintió aterrado... ¡Pobre estúpido! ¡Estaba convencido de que yo podía hundirlo con lo del accidente de Lucre! —Lanzó un par de carcajadas desleídas—. Compró un pasaje a Catamarca y se rajó. ¡Claro! ¿Qué otra cosa iba a hacer? Se dio cuenta de que conmigo no se jode. Yo me enteré por Lorena que había viajado, así que, al día siguiente, también viajé. La misma Lorena me dio la plata, le tuve que decir una sarta de mentiras, pero se la creyó, que es lo que importa. La dirección de Horacio me la sabía de memoria, ¡Telmo no hacía otra cosa que hablarme de él! ¡La cara que puso cuando me vio en la vereda de la casa de Horacio, esperándolo! Le dije que solo hablaríamos. Y lo hicimos, ¡pero el imbécil se me rio en la cara otra vez! Me dijo que la llave la había dejado en Buenos Aires, dentro de la casa, en un lugar donde jamás la encontraría. Le aseguré que lo haría y le disparé. El imbécil me había contado que Horacio estaba en casa de Silvia, en los viñedos, así que me tomé mi tiempo para limpiar y lavarme, cambiarme... Soy muy prolijita. —Volvió a curvar la boca, mostrando sus dientes, que ya le parecían, a Cienfuegos, los de una hiena.

» Para cuando regresé a Buenos Aires, Julio ya había estado sacando cosas de la casa, ¡y yo no podía entrar! Entonces até cabos. Julio había encontrado la llave. Pero la que tenía acceso al banco era Esmeralda. Tenía que agarrarla sola... y matarla, o todo el mundo se daría cuenta. Preparé un frasco con veneno, lo dejé en el baño de Julio y esperé.

—El esmalte de uñas.

Bebi levantó las cejas, dando unas desganadas palmadas.

—¡Muy bien, vuelvo a felicitarte! Nadie se iba a poner a revisar el botiquín. Los esmaltes de Lorena me habían dado la idea, con esos removedores. Limpié muy bien un frasco, lo dejé secar y ya está. Una de esas mañanas en que iba a limpiar el departamento, lo dejé ahí. Era el único lugar en el que, en algún momento, podría

encontrar sola a Esmeralda. Cuando supe que pasarían aquella noche juntos, convencí a Asencio de que descansara un poco, que le pidiera a Julio que, al otro día, abriera él. ¡Y lo hizo, el imbécil! ¡Los hombres son tan fáciles de manejar! Era mi oportunidad. Yo tenía la llave de Lorena, que es tan atolondrada, tan centrada en sí misma, que ni cuenta se da si la tiene o no; además, es normal que la use cuando voy a limpiar... Fui al departamento. Le dije a Esme que iba a limpiar, no se puso muy contenta de verme, la arrastrada..., comprenderás que me importó tres rábanos. Abrí la heladera y vi una botella de cerveza, empezamos a hablar de esto y de lo otro, mientras, fui al baño con cualquier excusa, después abrí la botella y la invité. Ella se rio, dijo que era muy temprano, pero estaba contenta porque había «recuperado» a Julio. ¡Arrastrada! Brindamos y tomó medio vaso. La estúpida no me creía que la iba a matar si no me decía cuál era la caja y dónde estaba la llave. «¡No sé nada, no sé nada!», decía la imbécil. Le dije que la había envenenado. No me creyó hasta que se empezó a sentir mal. Le dije que tenía el antídoto —mentira, por supuesto—, pero que antes, quería la llave. Insistió en que no sabía de qué le hablaba... —Encogió los hombros—. Me fui ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme a ver cómo se moría? Ah, ah.

» Así que, así estamos, amigo mío. Si te conté todo es porque te lo merecés. Nadie se había dado cuenta de nada. Hasta que apareciste vos.

Galo sacó la cruz de su bolsillo.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó ella sin dejar de sonreír.

—¿La conoce?

—Claro, se la regalé a Telmo. Es del convento donde yo estaba, en Italia. Adentro hay una imagen de Cristo, muy bonita.

Galo abrió la cruz y se la enseñó.

La mujer se acercó. Abrió ligeramente los ojos y contuvo la respiración durante algunos segundos. Luego cerró los párpados, casi con dolor.

En el interior de la joya, no había un Cristo sino una llave.

Evelyn Rojas soltó una carcajada.

FIN

[1]. En el año 1974, tras un golpe de estado, una junta militar, integrada por los tres

comandantes de las Fuerzas Armadas, tomaron el poder en la República Argentina. Fue en este período, donde se estableció un plan sistemático de terrorismo de estado, donde miles de personas fueron capturadas y desaparecidas. El *Proceso* llevó a cabo distintas actuaciones relacionadas con los hijos de los secuestrados, entre los cuales había, incluso, mujeres embarazadas, que dieron a luz en cautiverio. Estos niños y recién nacidos, fueron entregados a otras familias, de militares o de civiles relacionados con ellos.

Este libro fue adquirido a través de la tienda Amazon. Me ayudaría muchísimo que dejaras tu comentario en la plataforma. Desde ya, mi más sincero agradecimiento por haber leído esta historia.

Patricia Om

Books By This Author

Una carroza para Belén (Galo Cienfuegos 01)

Kika

Lo imperdonable